

48
NUMERO
HOMENAJE

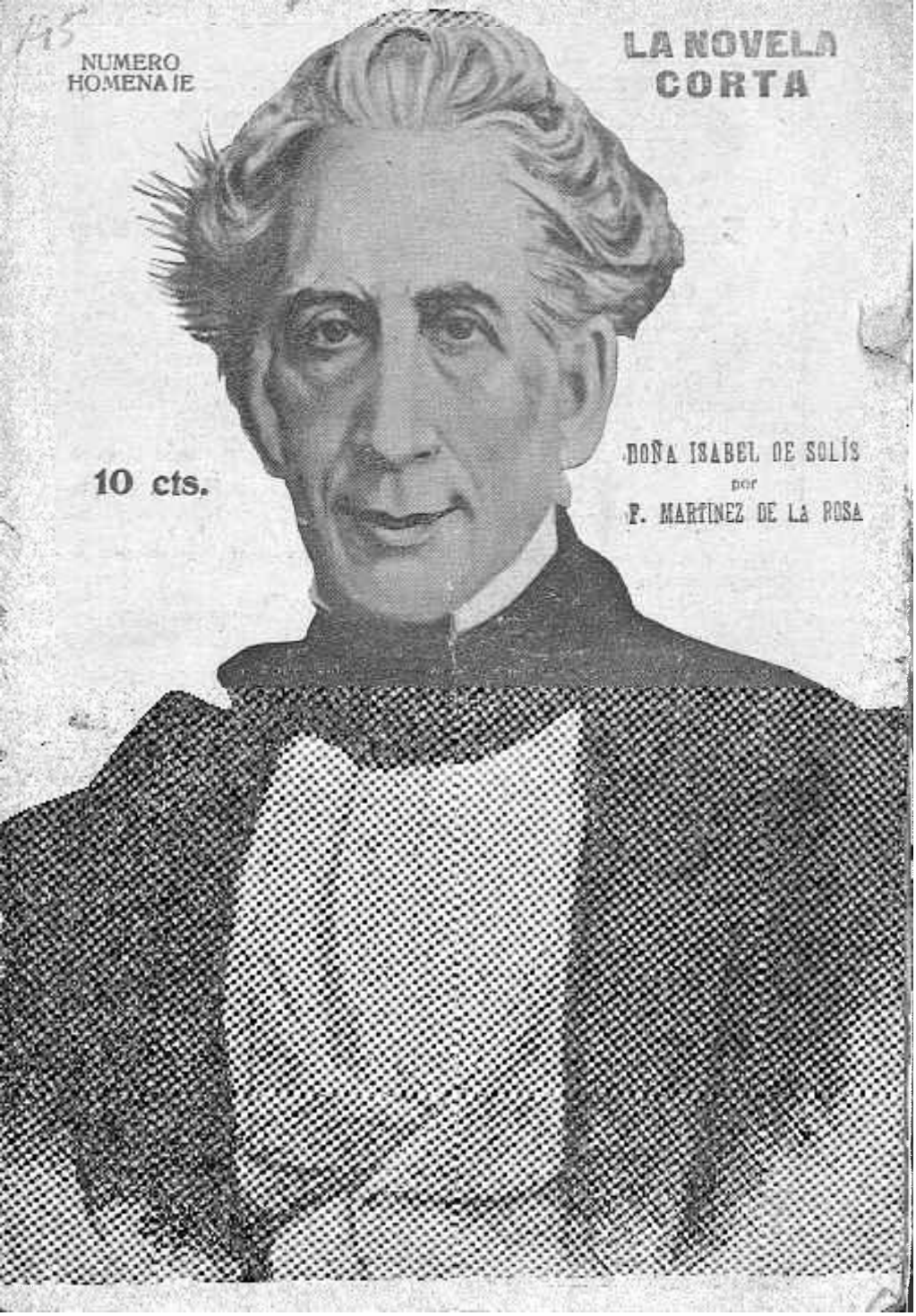
LA NOVELA CORTA

10 cts.

DOÑA ISABEL DE SOLÍS

por

F. MARTÍNEZ DE LA ROSA



Semblanza literaria

D. Francisco Martínez de la Rosa

POR

CARMEN DE BURGOS (COLOMBINE)

La personalidad de Martínez de la Rosa ha de considerarse en el doble aspecto de literato y de político. Nacido en Granada en 1789, desempeñaba una cátedra de Moral en la Universidad de su patria, después de haber acabado sus estudios de Derecho, entregándose a sus gustos literarios y a la enseñanza, cuando las desdichadas circunstancias porque atravesaba España conmovieron su espíritu, y dejando su retiro de la ciudad de los cármenes, se lanzó al combate en pro de las ideas liberales.

En Cádiz, al lado de los doceañistas, fué secretario de la Comisión para la libertad de imprenta. Hasta 1833 padeció todas las vicisitudes de que fueron víctimas los liberales, y sufrió un duro destierro en el Peñón de la Gomera.

Diputado después en las Cortes ordinarias y ministro con la Regencia, pocos hombres han hecho concebir mayores esperanzas de realizar una labor liberal favorable a la Nación, ni han contado con mayores simpatías. Desgraciadamente Martínez de la Rosa no realizó estas esperanzas. «O las teorías son irrealizables—dice uno de sus biógrafos—o él se estremece al plantearlas.» Demasiado moderado, demasiado débil, queriendo conciliarlo todo, es el autor del funesto Estatuto Real, que hizo escribir a Larra el famoso artículo «Los tres no son más que dos y el que no es nada vale por tres».

Pero Martínez de la Rosa, a pesar de todos sus errores, tuvo una admirable buena fe y un desinterés que corre parejas con su dignidad y honradez inatacables; ne dejó nunca de cultivar la literatura, que es para él como un recreo y un consuelo, algo que lo fortifica y lo eleva.

El cultiva casi todos los géneros: Poeta, novelista, dramaturgo e historiador, es a la par un orador notable que pronunció discursos políticos importantes. Entré las obras teatrales de Martínez de la Rosa sobresalen *Edipo*, *La conjuración de Venecia*, el drama *Aben Humeya*, escrito en francés y en castellano y estrenado en la Puerta de San Martín, en París, y algunas lindas comedias, entre las que sobresalen *La boda y el duelo*, que recuerda a Morafín, y *La hija en casa y la madre en la máscara*. Como poeta, Martínez de la Rosa adolecé de los defectos de su tiempo, pero sus poesías tienen inspiración y un gran sentimiento. Historiador y publicista, Martínez de la Rosa ha escrito *El Espíritu del siglo* y *la Vida de Hernán Pérez del Pulgar*. Moralista apreciable se manifiesta en *El libro de los niños*, donde se encuentran principios educativos dignos de elogio, tratando de educar el sentimiento por la belleza. La novela histórica *Doña Isabel de Solís* es modelo en su género, interesante, amena, llena de descripciones deslumbradoras y ajustada en todo momento a la verdad. Es muy superior a *El último Abencerraje*, de Chateaubriand, que ha merecido más elogios, por ser de autor extranjero.

Martínez de la Rosa tiene la hermosa imaginación y brillantez de los escritores andaluces, la que tuvo antes Mira de Amezcuea y después Pedro Antonio de Alarcón. *Doña Isabel de Solís* evoca el esplendor de Granada, recrea el espíritu en el hermoso y variado panorama del reino de Albo Hacen; hace comprender sus sentimientos, las luchas encendidas, el apasionamiento ardiente, todo lo que de poético existe en el recuerdo de esa prestigiosa raza mora, que tan profundamente grabó sus caracteres en el suelo andaluz.

1-7-603/45

R. 42768

DOÑA ISABEL DE SOLÍS

(REINA DE GRANADA)

NOVELA

POR

Francisco Martínez de la Rosa



«Si al bueno de nuestro amo no se le trastrueca el juicio con esta boda (de-
cía entre dientes un antiguo escudero del Comendador Sancho Jiménez de So-
lís), se lo debe a los ruegos de su bendita esposa, ¡que santa gloria haya!»—
«¿Qué rezas ahí, linda mauiá?, le gritó desde un rincón una dueña, con sesenta
Miércoles de Ceniza bajo las reverendas tocas: en tratándose de trabajar, pare-
ce que te punzan espinas: a ti no te aplice más que trotar en la yegua morcilla,
para llevar en pies ajenos una carta a Jaén o tener en la mano un halcón cuando
va el amo a caza; pero en llegando el caso de aplicar el hombro al trabajo, se te
conoce la mala madera.»

—Peor es la de esta viga (repuso con enojo el escudero, arrojando al suelo
el martillo que estaba manejando); más apolillada está que conciencia de dueña;
y el que clave en ella un clavo, que me lo clave a mí en la frente...

Abalanzóse la dueña como una furia, y en un tris estuvo que viniesen de las
palabras a las manos, o por mejor decir, a las uñas; porque es fama que la tal
Mari-Pérez no sabía reñir con otras armas.

Acudió por buena dicha una turba de pajes y de criados, en que estaba hir-
viendo el castillo; creció la gritería y chilladiza con los que venían, con los que
tornaban, y sobre todo con los que se desgañitaban para imponer silencio a los
demás; y rodando el eco de un salón en otro, y abultando ~~la~~ fama una rencilla
de tan leve monta, cual suele hacerlo con hechos de mayor cuantía, llegó el ru-
mor confuso a los oídos del Comendador, que lejos de temer en su misma casa
un principio de guerra civil, estaba leyendo sosegadamente, al amor de la lum-
bre, el *doctrinal de privados* del célebre marqués de Santillana.

Allí vivía a placer, obedecido de sus vasallos, no como señor, sino como pa-
dre, amado de sus deudos y amigos, y acatado por la gente común, cuando le co-
lumbró en aquel retiro la vista perspicaz de la reina Doña Isabel, que apenas
hubo empuñado el cetro por muerte de su hermano, cuando dió claras muestras
de lo que había de ser un día.

Para que fuese más cumplida la dicha de tan buen caballero, le había depara-
do el cielo, no una hija, sino un ángel, si es que criatura humana puede merecer
en la tierra tan soberano nombre; y como quiera que las prendas y hermosura de
Doña Isabel cautivaban a cuantos la veían, habiendo extendido su fama por toda
la comarca, ya se deja concebir lo que debía aparecer a los ojos de un padre que
no tenía en el mundo más amores que su hija, y que veía en ella el fiel traslado
de su desventurada madre.

No debe pues parecer extraño, y menos para el que sienta latir en su pecho
el corazón de padre, que tocando ya el Comendador con la mano el término de
sus esperanzas, por estar tan próximas las bodas de su amada Isabel, anduviese
aquellos días como fuera de sí, dando margen a las descompuestas expresiones
del escudero, naturalmente zaino y lenguaraz; cualidades que le habían granjea-
do, por espacio no menos que de treinta años, la ojeriza de la dueña Mari-Pé-
rez, timorata de suyo y guardadora de la ley de Dios. Pues referir cómo la tal

dueña avinagró las palabras del escudero, en cuanto llegó el Comendador a la sala en que ambos contendientes se hallaban, y los sapos y culebras que echó por aquella aimenada boca, sería nunca acabar; y fortuna que el Comendador le atajó la tarabilla, no sin harto trabajo, y que la turba de criados y de pajes, abriendo al fin los diques a la risa, represada largo espacio en el cuerpo, pusieron remate a la contienda.

Apenas se despejó la sala, íbase también el Comendador, cuando vió venir a Isabel con aquel donaire y gentileza que le eran propios; y recibéndola en sus brazos el amoroso padre: «dicen que estoy loco, hija mía, y es dable que tengan razón; pero loco de contento, al ver colmados todos mis deseos... Dios bendiga tu enlace, y disponga después de este pobre viejo según fuere su santa voluntad». Los ojos se le arrasaron en lágrimas al pronunciar estas palabras, sin ser parte a contener los sentimientos que rebosaban en su corazón; y como viese enternecida a su hija, dióle un beso en la frente con el mayor cariño, estrechó sus manos entre las suyas y procuró distraer su ánimo mudando de conversación. «Cuenta que mañana no me sea vuesa merced perezosa: entre dos albas hemos de salir del castillo para llegar con tiempo a la fuente de los enamorados: allí dicen que debe concurrir un noble mancebo, muy apuesto y galán, que según pública voz y fama viene a vistas con su futura esposa...

* * *

Nunca había visto Isabel a su futuro esposo, don Pedro Venegas, que este era su nombre; pero había oído ensalzar su merecimiento, no menos por su gentileza que por las buenas prendas que ya en él despuntaban, heredadas con la sangre de sus progenitores los señores de Luque, una de las familias más ilustres del reino de Córdoba.

Con tan felices auspicios se preparaba éste, como si la fortuna fuese en él a servir de madrina; y sin embargo (tan incomprensible es el corazón humano), el de la gentil doncella aún no se hallaba satisfecho, sintiendo tal vez como un dejo de melancolía, cuando veía rebosar por todas partes el júbilo, hasta rayar casi en locura. Y no porque anduviese Isabel desasosegada con otros amores, ni porque hubiese consentido en tan corta edad ningún galanteo.

Es pues el caso, que siendo aún muy niña Isabel (contaría cuando mucho tres años), y habiéndose criado hasta entonces tan fresca y tan lozana que daba gozo verla, empezó poco a poco a marchitarse, sin que se pudiera atinar con la causa; pero dando claro a entender, en el decaimiento de sus fuerzas y en lo apagado de sus ojos, que alguna oculta dolencia iba carcomiendo su vida. Excusado es decir el dolor del padre, la confusión de la casa, la multitud de remedios, los votos y oraciones: el doctor más famoso de Martos, que no era ningún Avicena, sustentaba a costa de sus pulmones que conocía la enfermedad de la niña, como si fuese su cuerpo de vidrio transparente; y apostaba el ferreruero (verdad es que estaba raído) a que la curaba en cuatro días con la bebida que la proponaba. Sea de esto lo que fuere, la tal medicina no surtió el anhelado efecto: todos creían que le habrían hecho mal de ojo, a causa de su rara hermosura.

No daba crédito el Comendador a estas habillitas y sandeces del vulgo; pero como tenía escasa confianza en el desacertado doctor, y veía próximo el trance de perder a su hija, no cerraba del todo los oídos a cuantos remedios le proponían, por extraños que le pareciesen: indole propia del amor extremado, ser de suyo crédulo y supersticioso. Determinó al fin, desesperanzado de otro recurso, enviar con toda diligencia por una esclava mora que tenía en su poder el conde de Cabra, a quien rogó encarecidamente le hiciese tan grande merced, de que pendía quizá la vida de su hija. Divisar desde la torre a la esclava, subiría por la escalera casi en hombros y conduciría el Comendador al lecho de su hija, todo fué obra de muy pocos momentos, y se le saltaron las lágrimas, cuando oyó decir a la cautiva, después de contemplar a Isabel unos instantes: «Niña mía de mi alma, tan hermosa como un sol y en tan grave peligro!... Mas no importa: ya he arrancado yo otras presas de las mismas garras de la muerte; y Dios es grande,

y misericórdioso... ¡Quien me llevara ahora de un vuelo al paraíso de la tierra, no más que al pie de la *Sierra Nevada*, donde nacen todas las plantas que se crían en el mundo, las fuentes de la vida, el regalo del hombre! Mañana mismo abrazaría vuesa merced a su hija, más lozana que una flor cuando sacude el polvo con el rocío... pero no perdamos el tiempo en pláticas vanas: haced, señor, que me acompañen a los montes vecinos algunos sirvientes, con dos o tres basta; mas cuenta que sean sueltos de pies, para encaramarse por los riscos, y que me obedezcan en cuanto les mandare.» Hizose así en el momento mismo: partió la cautiva, llevándose consigo el corazón del desasosegado padre; y volvió de allí a pocas horas, cargada de raíces y de yerbas, que había cogido ella misma con sus propias manos, por no fiarse de las ajenas, diciendo a cada planta que arrancaba, dando un hondo suspiro: «*¡más hermosas son las de Granada!*»

A maravilla se tuvo, y largo tiempo después no se habló de otra cosa en toda la comarca: aún no habían transcurrido tres días, cuando empezó a revivir la hermosa Isabel, como una luz que se va apagando por falta de alimento y que de pronto lo recobra: no sabía el tierno padre de qué suerte mostrar su agradecimiento a aquella mujer bienhechora; y como el vulgo suele adolecer de suspicaz y maledicor, no dejó de susurrarse por el pueblo que aquella cura era obra del diablo, y que más valía perder una hija que deberla a manos infieles.

Durante la convalecencia, cobró tanto apego Isabel a la solícita esclava, ora porque le indicase una especie de instinto que le era deudora de la vida, ora por sus desvelos y continuo agasajo, que no consentía después que se apartase ni un punto de su lado; y se vio en precisión el indulgente padre de aceptar el ofrecimiento del conde. Quedó pues la vieja Arlaja, no como cautiva en casa del Comendador, sino más bien como ama y señora, cuidando de Isabel, siempre en su compañía, y granjeando poco a poco un predominio absoluto en su voluntad: cosa harto pesada para los demás de la familia, que no podían ver sin desabrimiento y envidia la preferencia dada a una perra (que así la llamaban en sus secretos coloquios) y que pronosticaban mil desdichas en lo porvenir, si se criaba a tan mal arrimo aquella tierna planta.

Las ocupaciones del Comendador y su excesiva condescendencia para con su hija habían dado, en efecto, sobradas alas a la cautiva, la cual, olvidando en breve su condición, abusaba en demasía de su valimiento, hasta el punto de dejar traslucir alguna vez su enemiga contra los cristianos, que le habían robado libertad, familia, patria. Amábala realmente con ternura, cual si fuese su madre; nombre que en más de una ocasión solía apropiarse, como que le había dado segunda vez la vida; y siendo no menos extremada en su cariño que en su odio, y revolviendo confusamente en su ánimo el afecto a Isabel, el encono contra los cristianos y la memoria de su pérdida felicidad, apenas dejaba pasar un solo día sin que desfogase de una manera u otra estos sentimientos, causando gravísimo daño en el corazón de la incauta doncella.

«Buena dicha te ha cabido para que tanto la encarezcan (solía decirle la esclava, cuando se hallaba con ella a solas), nacer en esta áspera tierra, como la perla encerrada en una ruda concha: crecerás en años y en hermosura, digna por tantas prendas no menos que de un trono, y verás consumirse tus días en algún desmoronado castillo, al lado de un esposo que no sepa apreciar el tesoro que le deparó su ventura. A la rosa que nace entre zarzales vas a ser parecida, que las espigas la ahogan, hasta que la marchita el sol o la deshoja el viento. Y aunque el soplo de la fortuna te llevare acaso a la misma corte de Castilla, no sabré yo decir si aventajarás mucho; que según cuentan los que de allá vienen, corte más mezquina y anublada no se hallará fácilmente, aunque se recorran las tres partes del mundo. La reina regatea los maravedís, como si fuesen cuentos; cose ella misma sus vestidos, cual pudiera una humilde aldeana, y trocando su palacio en convento, destierra de él los amores, las fiestas y los galanteos, y ofrece por esparcimiento a sus damas que aprendan como ella latín!... ¡Cuán distinta fuera tu suerte, hija de mis entrañas, si hubieras nacido en la tierra que me dió el sér, en Granada la *cándida y clara* que ciudad más hermosa y alegre.

no la alumbra el sol! Vieras allí abrazarse los ríos para ceñir sus muros, brotar flores las piedras y arrastrar las cristalinas aguas granos de oro purísimo... A un mismo tiempo admiraras, y en breve recinto, cuantas producciones se crían en la redondez de la tierra: aquí los frutos en flor, allí los más tempranos, acuñá los tardíos; nieve eterna en la cumbre, y la palma meciéndose en la falda misma de la sierra... Los montes que circundan su espaciosa vega se asemejan a los muros que cercan un vergel; y en medio descuelia la ciudad, con sus mil y trescientas torres, cercada de jardines, como de una corona de esmeraldas... Allí se desliza la vida a manera de un sueño delicioso: la tierra, el cielo, hasta el aire mismo parece que convidan a amar; y en cuanto saluda una doncella la primavera de sus años, ya ve su cifra y sus colores servir de estímulo a los valientes y de galardón al más afortunado.»

Embebecida la escuchaba Isabel, cual suele un niño escuchar los encantamientos que le refiere su nodriza; más de una vez soñó con el palacio de la Alhambra, creyéndose trasladada a aquella región venturosa, y cuando despertaba por la mañana y se veía como emparedada en los muros de Martos, casi le dolía en el alma que se hubiese disipado tan breve la ilusión halagüeña.

De memoria de hombre nacido no se había visto en aquella comarca una cabalgada más magnífica que la que salió del castillo, encaminándose a la *fuentes de los enamorados*, donde habían de verificarse las anheladas vistas. La comitiva no menos numerosa que lucida, los pajes vestidos de nuevo, con plumas y penachos de diversos colores: los deudos del Comendador, sus vasallos y colonos, escuderos y criados, cabalgando en caballos briosos, nacidos a las márgenes del Guadalquivir; las damas en sendas hacaneas, ricamente enjaezadas, con gualdrapas de terciopelo carmesí, galoneadas de oro, y en medio de todas la gentil Isabel, más hermosa que la misma aurora, que doraba apenas los cielos. Los tristes ensueños que la habían atormentado la noche anterior, la zozobra natural al ir a ver por primera vez al que iba a unirse con ella no menos que por toda la vida, y hasta el ambiente fresco de la mañana habían marchitado algún tanto el color de su rostro, que nunca era muy subido; como si hubiera querido la naturaleza hacer mayor alarde de la rara perfección de sus facciones. Su cabello, más negro que el ébano, hacía resaltar su tez de alabastro; y sus largas pestañas, que servían como de sombra a sus hermosísimos ojos, acrecentaban más y más su hechizo, dando a la doncella un aspecto no menos tierno que apacible.

Descubrióse al fin el deleitoso lugar en que nace la fuente, al pie mismo de un suave recuesto, que termina en una pradera.

Apenas llegó la comitiva a tan ameno sitio, apeáronse todos de las cabalgaduras; desparcióse la gente por la pradera, a manera de un espeso enjambre, y comenzaron a dar todos tales muestras de regocijo, que no parecía sino que cada cual iba a ser aquel día el desposado.

Cuando más desapercibidos estaban todos, cantando unos, platicando otros, y los mozos más robustos haciendo alarde de agilidad y fuerzas, se divisó a lo lejos una nube de polvo, y por todas partes no se oyó sino un solo grito: *¡ya llega!* Inmutóse Isabel, como era natural; y sintióse tan conmovida que no acertaba a dar un paso, no obstante que su padre la llevaba amorosamente de la mano, para salir al encuentro del esposo y de su comitiva. Venían delante algunos corredores, con grita y algazara; contestaban las gentes del Comendador con no menores muestras de alborozo; y los ecos de las montañas no repetían sino vivas y aclamaciones. En esto vieron venir a escape un gallardo mancebo, dejando atrás a cuantos le seguían; y tanta era su impaciencia por llegar, y tal la confianza en su destreza, que por excusar un leve rodeo, picó los acicates al corcel y saltó una profunda zanja, no sin arrancar un grito de algunas timidas doncellas, y sin merecer los aplausos de la gozosa turba. Llegó en fin, el mozo Venegas a donde se hallaban el Comendador y su hija; echó pie a tierra con desembarazo y gallardía; pero al hacer medida a la hermosa Isabel, y apenas puso en ella los

ojos, se sintió tan turbado que a duras penas pudo proferir pocas y mal concertadas palabras. Sonrojóse el mancebo, tan encendido el rostro como el bonete de grana que traía en la cabeza, y no estaba por su parte Isabel menos sobreco-gida, pues apenas una que otra vez se atrevió a mirarle como a hurtadillas; hasta que al cabo el Comendador y el tío del Venegas que ya había llegado, procuraron darles aliento, trabando de propósito variada y sazónada conversación, asentados a orillas de la fuente.

Los dos días que mediaron entre el de la llegada al castillo y el de los despo-sorios, bien puede decirse que no fueron sino una continua fiesta; venía a bandadas la gente de los alrededores, con la curiosidad de ver a los novios y el cebo del los regocijos: no se desocupaban las mesas: pobladas siempre de gente de re-fresco, que acudía al husmillo de las viandas y al sonsonete de los vasos: llegan-do la concurrencia y el consumo a tan descompasado término que se la hizo cargo de conciencia al dispensero, y acudió en toda forma no menos que al mismí-simo Comendador.

Las fiestas, con que se solemnizaron las bodas, fueron cual podían esperar-se de aquellos rudos tiempos y de gente más avezada al áspero ejercicio de la guerra y a la labranza de los campos que no a entretenimientos cortesanos. La primera tarde lidiaron los mozos un novillo cerril, dentro del mismo patio del cas-tillo; alanceando no sin destreza al fogoso animal, que por su parte hizo besar el suelo a más de un rústico envalentonado, sin respetar tampoco a pajes ni escude-ros. Grande era la risa y algazara que se movía a cada lance: y sobre todo una vez, que acosado el novillo y buscando la querencia del campo, saltó una espe-cie de palenque formado de mal unidas tablas, y la gente desatentada se arrojó al coso de cabeza; desgarrándose los gregüesos por mala parte (salvo sea el lugar) al escudero deslenguado, de que se ha hecho mención en esta his-toria.

También causó no poco entretenimiento a aquellas sencillas gentes el ver fi-rar al gallo, vendado los ojos y con una espada en la mano, advirtiendo la burla y vocería al que se descarriaba del camino derecho y daba la estocada en el aire. Hasta se renovó en el castillo una diversión ya desusada; pero que siglos atrás había dado mucho contentamiento aun en la corte misma. Presentáronse en la palestra dos robustos ciegos, decidores y de humor festivo, armados de sendos garrotes y dispuestos a contender por el ofrecido premio. Consistía éste en cier-to animal, más sabroso que limpio, cuyo nombre no pudiera yo proferir sin pedir perdón a mis lectores: y como cada uno de los ciegos sentía los pasos y escucha-ba el gruñido de la azorada víctima, corría hacia ella y descargaba el golpe, si-no sobre el testuz del animal, sobre la testa del adversario. Descalabrado el uno y derrengado el otro, quiso el Comendador poner fin a la descomunal contienda, repitiendo el sabido fallo de Salomón; pero como ambos ciegos eran más intere-sados que judíos, y ninguno de ellos quería ceder de su derecho; mientras le que-dase un soplo de vida, no convinieron en treguas, en conciertos ni paces, sino a condición de que había de darse a cada cual un premio igual al ofrecido, sin re-bajar un solo arrelde.

Tampoco estaba el Comendador muy satisfecho de la fiesta que se preparaba para la última tarde; pero como era naturalmente bondadoso, y le halagaba que se desviesesen todos por festejar las bodas de su hija, aparentó no saber los pre-parativos que estaba haciendo un antiguo ballestero, a quien tenía mucha ley por haberle acompañado en la guerra; el cual, cargado de años y de achaques; se ha-bía retirado a aquel castillo para terminar en él sus días, dándose a sí mismo el título de *alcaide de la fortaleza*. Tan aferrado estaba en este concepto, que no hablaba sino de puentes levadizos, saeteras y barbacañas; hacía tocar el parche, para que viniesen a merendar los segadores; y más de una noche de invierno salía de oculto, no sin riesgo de un romadizo, a recorrer las atalayas (que así llamaba a cualquier mojón de término) por ver si descubría fuegos o ahumadas. Querer que con tan belicosas disposiciones y el mucho cariño que al Comendador profe-saba, no hiciese nuestro castellano alguna de las suyas, era pedir un imposible.

así fué que no cerro los ojos ni tuvo sosiego en dos semanas, preparando con sigilo una *fiesta de moros y cristianos*. Se complacía mucho en estos simulacros de guerra, tomando de ellos pie para hablar horas enteras de las proezas de su mocedad; y ahora que se le presentaba la del copete, con huéspedes en el castillo y gente forastera, deseaba hacer alarde de su pericia, disponiendo una batalla campal, que dejase en zaga a la del Salado. Lo único que le trajo en apuros fué el encontrar quienes quisiesen hacer de moros, a pesar de que les ofreció doble ración de vino, contra el precepto de Mahoma; pero como estaban ciertos de llevar la peor parte, no solo de los peones cristianos, sino de la turba de muchachos que solía apedrearlos en su fuga, se retraían y con razón de tan desigual combate, no obstante que llevaban resmas enteras de papel de estraza bajo las toquillas y bonetes, para resguardar algún tanto las amenazadas cabezas.

La hermosa Isabel se mostraba algún tanto más afable que el día de las vistas; y hasta empezaba a sentirse inclinada al gallardo mancebo, aunque no experimentase todavía aquella sabrosa inquietud, aquel latir el corazón a una sola mirada, que tanto deleite causan una vez en la vida; al despuntar los primeros amores. Mas por lo que respecta al mozo Venegas, ya la suerte había echado el fallo: desde que vió a la gentil doncella, ni podía apartar de ella los ojos ni alejarla de su memoria: en todas partes la veía, distinguía de lejos su acento, hasta conocía sus pisadas; y las dos noches que llevaba de aposentarse en el castillo, no había podido sosegar ni un instante.

Llegó por fin la noche destinada a los desposorios: y al ruido y confusión de la tarde sucedió una especie de silenciosa calma; cual suele acontecer en el mar después de una tormenta. Como la gente común estaba tan rendida, se desparció casi toda por el castillo, entregándose a la embriaguez y al sueño en los patios y corredores; únicamente los criados mas antiguos, sin contar las damas y los caballeros, esperaban a la puerta de la capilla que llegase la hora señalada para la augusta ceremonia. Un sordo rumor, que resonó por los estrechos ámbitos, anunció que se acercaban los novios y la comitiva; y un instante después se vieron venir en dos filas como una docena de pajes, con hachas de cera en una mano y la gorra en la otra, caminando con gravedad y pausa: venían después los futuros esposos, embebecido cada cual en sus pensamientos, y sin atravesarse ninguno de ellos a levantar los ojos; no así el Comendador y el don Alonso, quienes seguían de cerca sus pisadas, alzada la cabeza y recogido el semblante, como padrinos de la boda; cerrando el acompañamiento las doncellas de Isabel, cubiertas todas con sus mantos, y algunos escuderos de los más favorecidos, que habían alcanzado a fuerza de ruegos tan señalada honra.

Ya se hallaba esta arrodillada al pie del altar, trémula, descolorida; el esposo á su lado, sin alentar siquiera; el ministro del Señor pronunciando las palabras sagradas, y ya a punto de recibir el sí, que iba a unir a entrambos hasta la muerte, cuando se oyó de súbito un clamor tan agudo, que quedaron todos pasmados, Creyeron al pronto que era alguna reyerta entre la misma gente del castillo, desmandada con la embriaguez y el alborozo; pero un instante después se oyó el grito de *¡fuego!*, que dejó aterrados los ánimos; y acercándose más y más el tropel, se distinguió claramente el rumor de las armas, el correr de los fugitivos, los ayes de los moribundos.

Cayó desvanecida Isabel, recibiéndola en sus brazos su esposo; huyeron des-pavoridos los amigos y deudos que los rodeaban; partió el Comendador como un rayo a informarse por sí mismo de la causa de aquel escándalo, siguiéndole de cerca el de Zuheros, para auxiliarle en cualquier trance; pero al llegar a la puerta de la capilla, les atajó la turba el paso, agolpándose a guarecerse en aquel recinto, como posirer refugio. Gritaba el Comendador, y nadie le escuchaba; hacía mil demandas, y no le respondían; solo resonaban lamentos, sollozos, alaridos, como si a todos los acosase ya de cerca la muerte.

Y era así por desgracia: habían penetrado en el castillo moros de la frontera, amparados de la noche, y esperanzados en el descuido que habría infundido a los cristianos la paz, no menos que la embriaguez y el sueño; entrar por las puertas

inundar de gente el castillo y ponerlo a fuego y sangre, todo fué un solo punto. Volvian en sí los infelices cristianos desatentados, sin dar crédito a sus mismos ojos, imaginando tal vez alguno que eran sus propios amigos, cubiertos aún con el disfraz; y pasaban en el instante mismo de los brazos del sueño a los de la muerte. Ni piedad ni misericordia: no valia la edad, el sexo, las súplicas, el llanto; corrían en vano algunos en busca de sus armas; arrojábanse otros a las llamas, huyendo del acero; y apiñábanse los más a las puertas de la capilla, invocando el nombre de Dios, que el terror helaba en sus labios. Allí fué la mortandad, allí el destrozo: creció el furor de los infieles a la vista del lugar santo; y penetraron en él, a manera de lobos en rendil descuidado. Con la espada en la mano, inmóvil como una estatua, los aguardó el Comendador, sin proferir ni una sola palabra: apenas se distinguía si estaba vivo o muerto. Cien heridas había recibido, y aún permanecía en pie; mas vaciló luego y cayó desplomado, arrastrándose trabajosamente hasta ir a expirar junto a su esposa.

Delante del altar, sosteniendo a Isabel, y como escudándola con su propio cuerpo, estaba el mozo Venegas sin saber lo que le pasaba: ni tenia armas para defenderse, ni esperaba socorro humano, pero no curaba de su vida, traspasado el corazón con el peligro de su amada.

¡*Rendios o morid!* les gritó de lejos el caudillo de aquella gente bárbara; y al abalanzarse para separarlos, se abrazó el mancebo con su esposa, y recibió una herida en la frente, cayendo bañado en su sangre.

Muy pocos fueron los desventurados que escaparon con vida en aquella noche de tribulación; más desdichados mil veces que los que en ella perecieron; pues en vez del dolor de un instante, se veían condenados a arrastrar en tierra extraña durísimas cadenas. La infeliz Isabel, que ni siquiera daba señal de vida, se contó también en el número de los cautivos, habiéndole concedido el cielo no sentir por el pronto el peso de tantas desdichas; y después que hubieron los alarbes puesto a saco el castillo, recogiendo azorados su presa, huyeron con ella precipitadamente, antes que clarease el día o cundiese el rumor de aquella catástrofe.

En una casa humilde, a pocas leguas de la frontera y como escondida en un valle, se hallaba postrada en el lecho la infeliz Isabel, sin conocimiento y sin habla, embargadas potencias y sentidos, respirando apenas; hasta que al amanecer del cuarto día después de acaecida la desgracia, dió un profundo gemido, se llevó la mano al corazón, y volvió en sí tan azorada como quien recuerda de un pesado ensueño. Ni reconocía el lugar donde estaba, ni sabía cuál era su suerte: su padre, su esposo, el altar, la gente y el castillo, todo había desaparecido como por encanto; y después de abrir los ojos no sin afán ni pena, y de tocar una vez y otra los objetos que la cercaban, aún dudó largo espacio si estaba dormida o despierta.

Grandísimo consuelo sintió en su corazón, al oír la voz de su querida Arlaja, y al conocer que era ella la que la estrechaba en sus brazos; y dejando correr las reprimidas lágrimas, sollozó durante algún tiempo, sin poder articular ni una sola palabra; pero sintió aflojarse lentamente el dogal que la estaba ahogando.

Apenas respiró más tranquila, hizo mil preguntas sin concierto a su antigua amiga, que ni siquiera acertaba a responderle: tan turbada estaba; mas cuando por medio de respuestas mal seguras, de circunloquios y rodeos, llegó a vislumbrar la infeliz que se hallaba sola y sin arrimo, y en tierra enemiga, y cautiva de infieles, comenzó a dar tales alaridos, que no parecia sino que se le arrancaba el alma; y hasta ella misma llevaba ambas manos al pecho, como para librarse más breve del peso de la vida.

Recayó la sin ventura en el mismo estado que antes, y aun tal vez tocó más de cerca el borde del sepulcro; pero la robustez de los pocos años, los remedios y el cuidado de Arlaja, o mas bien altos juicios del cielo, que tenia reservada a Isabel tan extraña y varia fortuna, fueron parte a que recobrase al cabo el co-

ndicimiento y la salud, si bien muy quebrantada y expuesta a los azares de una larga convalecencia. Conociendo su postración, y temiendo una recaída más fatal quizá que la primera, procuró Arlaja con especial ahinco que no se presentase a los ojos de Isabel nada que pudiese recordarle su amarga situación: ella sola la servía, no se apartaba de su lado, dormía al pie de su cama; y cuando llegó el caso de responder cumplidamente a sus preguntas, cuidó la sagaz mora de encubrir la muerte del Comendador, para dejar este consuelo a su desamparada hija, y le dió a entender que se había salvado su padre, no menos que don Alonso de Córdoba, habiéndose encaminado juntos, según la común voz, hacia la corte de Castilla. Por lo que hace el Venegas (que fué la segunda persona por quien preguntó Isabel, aunque con cierta timidez y embarazo) no vaciló la mora en responderle desde luego que había perecido en aquel trance, por su culpa y no por la ajena, pues que se había arrojado desapoderadamente sobre el filo de los alfanjes. Así lastimó, y bien lo preveía, el corazón de la afligida doncella; pero como le constaba que Isabel no había tenido tiempo de cobrar cariño a su futuro esposo, y que el sentimiento que mostraba por su temprana muerte nacía más bien de piedad que de amor, y se calmaría en breve, prefirió la astuta mora cortar de un golpe el nudo, en vez de desatarle con tiento, quitando así a Isabel hasta el último rayo de esperanza.

Mientras duró la convalecencia de Isabel, no se presentó Aben Farruch a su vista ni una vez siquiera; andaba en otros cuidados, vagando de un lugar a otro, y apercibiendo la frontera, por lo que pudiese acontecer: sólo de tarde en tarde venía como de paso a informarse de la salud de su cautiva y a disponer lo conveniente; pero llamaba en secreto a Arlaja, hablaba con ella unos instantes, y se volvía tan veloz como había venido. Mas aconteció que un día llegó a hora desusada; pensativo, caviloso, como quien revolvía en su mente algún designio; y en breves palabras manifestó a la mora que había recibido un mandato del rey para comparecer en Granada: por lo cual era forzoso que se preparase ella a seguirle, trayendo en su compañía a la cautiva. Oyó Arlaja la inesperada nueva, como quien espera ver dentro de breves días su patria y su hogar, que antes lloró perdidos, y saltándole el gozo en el pecho, compuso el rostro y las palabras para prevenir el ánimo de Isabel, sin que le sobrecogiese el anuncio, y antes bien dejándole entrever que quizá el cielo le abría aquella senda para trocar en dichas sus pesares. «No te verás allí (le dijo entre otras cosas) cual yo me vi en tus tierras, a pocos días de cautiva, ceñida el pie con grillos, y sellada con hierro en la frente... Mirame, hija, mírame; que aún ahora mismo se me enciende el rostro de ira y de vergüenza!... Y había nacido noble y rica, y me hallaba a la sazón en la primavera de la vida, y me veía requerida de amores por la flor de Granada... No tengo queja del conde de Cabra; que cuando luego vine a su poder, me trató con humanidad, ya que no con cariño; ni menos olvidaré en mis días la buena acogida que encontré en tu casa. Pero Dios misericordioso paga con creces el bien que a otros se hace; y los socorros que se dan al desvalido nunca son como el grano que se siembra en arena... Vas a vivir en mi propia casa, hija mía; te verás tratada como tal por mis deudos y amigos; que no me faltan en aquella ciudad acaudalados y poderosos: y si el corazón no me engaña (que me precio de tenerle leal, aunque haya sido a costa de redoblar muchas veces mis penas) no lastimará tus oídos el nombre de cautiva, y allí donde temes quebrantos, te aguarda quizá la fortuna, que ello ha de suceder, si está escrito.»

La escuchaba Isabel atónita, suspensa, sin dar muestra de pesar ni de alegría, ni aún despegó sus labios; pero así que se recogió aquella noche, y después de vanos esfuerzos por conciliar el sueño, empezó su mente a devanear, sin poder ella misma tenerla de la rienda; y recordando lo que tantas veces había oído desde su niñez acerca de la hermosura de Granada, y esperando que allí tal vez encontraría más fácilmente medio de recobrar la libertad, quedóse al cabo sosegada, ni bien dormida ni despierta; pero si más tranquila, ya que no más dichosa,

No parece sino que la estrella de Isabel la condenaba a mirar los sucesos de su vida como si fuesen otros tantos sueños; ¡tan peregrinos eran! Apenas se había quedado la primera noche en poco adormecida con el cansancio del camino y el frescor de la aurora.

Apenas llegó Aben Farruch a Granada, ¡partió sin demora a presentarse al rey; habiendo tenido la dicha de encontrarse con él de improviso, al entrar en palacio. Contaba el sagaz moro con la índole bondadosa de Albo Hacen, que frisaba casi en flaqueza, y no dudó que aunque estuviese desabrido y malcontento, como lo había mostrado en el primer arranque de la ira, se habría esta amortiguado con el transcurso del tiempo, y no estallaría al tenerle delante.

Aconteció de todo punto lo que el africano había previsto: apenas divisó al rey, saltó del caballo y se arrojó a los pies del monarca para besarle el borde de la vestidura en señal de respeto; y levantándole al punto Albo Hacen, indeciso todavía entre la severidad y la benevolencia, le insinuó con un leve ademán que le siguiese. Ni una palabra le habló, mientras atravesaron los patios; más apenas hubo llegado a la primera estancia, ordenó a su comitiva que los dejase solos.

No dió lugar Aben Farruch a que el rey se adelantase a reprender su comportamiento ni a mostrársele siquiera quejoso: como si le punzase una espina en el corazón, mientras no sinceraba su conducta, la bosquejó rápidamente con los más favorables colores, insistiendo con ahínco en la avilantez y descuello de los castellanos, sus insultos a la continua, daños en la frontera, robos, incendios, muertes; que provocarían de cierto a mayores escándalos y demasías, si se le daba vuelo con muestras de flaqueza. «Dos lunas han transcurrido (le dijo al concluir) desde la noche en que vengué la afrenta hecha a los tuyos; y esos reyes de Castilla, tan desvanecidos con su poder, que osaron al principio de tu reinado pedirte parias, cual a un vil tributario, no han osado ahora salir a la demanda, y han ahogado en el pecho su afrenta.»

Y al fin le dijo:

«Yo no tengo, señor, sino mi vida que ofrecerte, y excuso repetirte que es tuya, y la perderé gustoso en tu defensa; más porque veas, gran rey, que solo me movió en aquella ocasión el desagravio de tus armas, y no liviana causa ni mezoquino interés, voy a dejar en tu propio reino y en poder tuyo el único tesoro que el castillo escondía, y el solo que me cupo en suerte: todos ensalzan hasta el cielo la belleza y raras dotes de una cautiva, hija del mismo alcaide; y aunque yo, rudo africano (añadió con donaire) no puedo apreciar joya de tanto valor, me atreveré a decir, si es que me lo consientes, que es alhaja propia de un rey.»

Aceptó Albo Hacen la fatal dádiva, muy ajeno de recelar los males que escondía, no menos para sí que para su reino, y recordando al punto lo que había oído encarecer la hermosura de aquella cristiana, cuando la toma del castillo, renovó las muestras de gratitud por el generoso presente.

Apenas llegó a su casa llamó a Ariaja, y habló con ella a solas; empezando por referirle, pero únicamente en cuanto convenía a sus fines, lo que acababa de acontecerle con el rey. Le mostró después, como al descuido, abiertas de par en par las puertas de la fortuna, no menos para Isabel que para ella; y dejándole entrever el favor de que podía gozar y la recompensa que le aguardaba.

Retiróse luego Aben Farruch, y aun se oían las pisadas de su caballo, cuando corrió la mora a donde Isabel y sus amigas se hallaban, diciendo a voces desde la puerta:

«Buenas nuevas te traigo, hija mía. El rey más poderoso de la tierra desea verte y te aguarda; vas a morar en su mismo palacio, en aquella mansión encantada, que tantas veces despertó tu admiración y encendió tus deseos; y la

hija de mis entrañas, la que me debió ya la vida y ahora tanta ventura, va a ser tal vez la gloria de Granada y la envidia del mundo.»

Arrojóse Isabel en sus brazos, sin responderle ni una sola palabra, escuchándose de trecho en trecho sus ahogados sollozos; redobló Arlaja sus caricias, que más bien la enternecían que no la consolaban; lo cual visto por la mora, hizo señas a sus sobrinas para que procurasen distraer el ánimo de Isabel, y la dejó sola con ellas.



Más bien resignada que satisfecha, el ademán grave y el semblante abatido, se presentó Isabel a los ojos de Arlaja al amanecer del siguiente día: ni mostraba curiosidad de saber cosa alguna, ni contestaba a lo que le decían sino con brevísimas respuestas: en términos que la mora, como tan sagaz y advertida, tomó por buen acuerdo no apremiarla ni aun con sus cariños, sino procurar con arte que sus sobrinas le dieran pie para hablar largamente de los encantos de la Alhambra y de los atractivos de la corte.

Poco a poco se fué despejando el ánimo de Isabel, como la misma mañana, que asomó empañada con levisimos nublitos, y se había tornado ya de las más apacibles de Mayo: el cielo puro, templado el ambiente, la tierra fresca y olorosa con la reciente lluvia. Y después de pasar unas cuantas horas en el jardín, empezaron las moras a presentar a la vista de Isabel galas, vestidos, joyas; para que ella misma escogiese las que fuesen más de su agrado. Embebecida se quedó la doncella, admirando unos adornos, dejando otros, ensayando cuales le asentaban mejor; y después que hubo colocado no sin gracia sobre su cabeza un turbante blanco y carmesi, y prendido un cendal finísimo, que parecía cuajado de menuda escarcha y le cubría airoosamente los hombros y la espalda adornó el pecho con ricas sargas de coral y de ámbar, y se miró en una fuente, quedando tan prendada de sí que casi olvidó sus pesares.

Los elogios de sus amigas y los encarecimientos de Arlaja, acabaron de desvanecerla; y solo le dió un vuelco el corazón, recordando su suerte, cuando oyó a lo lejos la voz del africano, y conoció que era llegado el momento que tanto temía. Presentóse Aben Farruch a la vista de Arlaja y de las doncellas, que antes de que llegase habían cubierto el rostro con sus velos; y apenas se acercó a pocos pasos de Isabel, le dijo suavizando el acento:

«No te quejardas, hermosa cristiana, de mi comportamiento contigo: mi voz no ha llegado hasta ahora a tus oídos, ni aun para ensalzar tu belleza, que quizás sólo de mí pudieras en el mundo contarlo. Hoy te hablo por primera vez, y es para anunciarte mil dichas; te dejo en el paraíso de la tierra, y dentro del palacio de un monarca que te apreciará en lo mucho que vales.»

No respondió Isabel; y antes bien se sintió tan turbada, que estrechó más y más el brazo de Arlaja, que tenía cogido con el suyo; pero como la mora no quería perder ni un instante, abrazaron sus sobrinas a la querida huéspeda, no sin lágrimas de una y otra parte y sin reiteradas promesas de volverse a ver cuanto antes; y poniendo fin a la dolorosa despedida, salió de la casa Arlaja, llevando a Isabel a su lado, y seguidas a corta distancia por Aben Farruch y unos esclavos negros.

Con intención y deseos de encaminarse a la Alhambra, por la ruta más breve y solitaria, se apresuraron a salir de la población, y bajaron por uno y otro repecho hasta las márgenes del Dauro: atravesaron el estrecho cauce por un puente de madera, que servía como de trabazón a ambas orillas; y comenzaron a subir por una áspera senda, la más variada y deleitosa que imaginarse puede: huertos de flores en los mismos tajos, quiebras, precipicios, cascadas, torres al cielo, y en lo profundo el río. Por la escasa abertura que dejaban los informes peñascos, llegaron al fin a una llanada apacible, que formaba contraste con el camino rudo y agreste que acababan de recorrer; divisábanse ya los jardines y el palacio de *Generalife*; y después de contemplarle a lo lejos, y de tomar breve descanso, revolvieron a mano derecha, encaminando sus pasos por un frondoso bosque.

Arboles corpulentos, rozanos con sus nuevas galas; jilgueros, ruiseñores, cañandrias, saludando con sus amores la vuelta de la primavera, cubierto el suelo de sándalo y violetas, y los arroyos despeñándose por aquellas laderas y serpeando entre los troncos; todo ofrecía a los ojos y al alma un cuadro tanto más delicioso, cuanto no dejaba entrever la mano del hombre ni el conato del arte. Sublime pensamiento, a no haber más; dejar que la naturaleza ostentase a placer sus sencillos encantos, en medio de dos palacios tan magníficos como *Generalife* y la *Alhambra*.

Penetraron en el recinto de este regio alcázar por la puerta principal en que se veía entonces (no menos que hoy día) grabada una mano en el primer arco, y en el de más allá una llave; como indicando que jamás podrían verse juntas, ni verificarse la entrega de la ciudad: (jactancioso emblema, de que en breve se burló la fortuna!) y de allí a pocos pasos, avistaron el palacio del rey.

Hallábase él a la sazón en el *patio de los arrayanes*, el más espacioso y alegre de los cinco que encerraba el palacio, con un estanque en medio, vistosas galerías a los extremos, salones y aposentos por uno y otro lado; y apenas llegó al rey el aviso de que Aben Farruch se acercaba, acompañado de la hermosa cautiva, entró para recibirlos en una de aquellas estancias. Alejóse la turba de cortesanos, como temiendo poner los ojos en una belleza destinada al rey; y solo le acompañaron dentro de aquel recinto, Aben Hamet y otros cuantos validos. Desde a pocos momentos presentóse Isabel delante del monarca, sostenida por Ariaja y precedida de Aben Farruch; y si hermosa se había mostrado siempre, aun más hermosa se mostró aquel día; tímida, recatada, clavados en el suelo los ojos, ya encendido el rostro como una amapola, ya mostrándose pálida y descolorida y si cabe más bella. Acercóse Aben Farruch al rey, que no apartaba la vista de aquella criatura celestial ni oyó siquiera lo que el africano le dijo; tan atónito y embebecido estaba. Y no es extraño que así le sucediese, acostumbrado a dejarse llevar del ímpetu de sus deseos, cuando no hubo un solo moro de cuantos allí vieron a la gentil doncella, que no quedase prendado de sus hechizos: empezando a darle desde aquel mismo punto al nombre de *Zoraya*, que le ha conservado la historia, y que solo se había dado hasta entonces por aquellas gentes al *lucero de la mañana*. Rara belleza de mujer; no se encontró en la tierra cosa alguna a qué compararla.

Cuando ya lo consintió el pismo y embeleso del rey, se aproximó segunda vez el artero africano; y le demandó en voz baja, como desconfiado y temeroso, si había tenido la dicha de ofrecerle un don que no desmereciese su agrado. La respuesta de Albo Hacen fué tan pronta y vehemente, que no dejó duda de que salía de lo íntimo del corazón, ya cautivo; y seguro Aben Farruch de tenerle en el lazo que le había tendido, pidió permiso al rey para ausentarse de Granada dentro de breves horas. Mas antes le demandó por última merced (cual si no estuviese cierto de conseguirla) que supuestos los pocos años de Isabel, su orfandad y desgracias, y que solo había tenido por madre a aquella mora, viniese el rey en consentir que permaneciese a su lado, siquiera los primeros días: *«hasta que se acostumbre la inocente paloma (añadió con donosa sonrisa) a volar sin temor por el ámbito del palacio.»* La mitad del reino que en aquel punto y hora hubiesen pedido a Albo Hacen, la hubiera concedido de buen grado, a trueque de mitigar la aflicción de la hermosa cautiva y granjear su voluntad; cuanto más una merced liviana, que tal le parecía, y que concedió tan gozoso cual si en ello estribase su dicha.

Apenas se susurró por el palacio que se hallaba dentro de su recinto una hermosísima cristiana, y que con solo verla se había prendado el rey de sus encantos, voló la fama de Isabel de una boca en otra, como si fuesen otros tantos ecos; despertando curiosidad en unos, en quien admiración, en quien envidia; pero en todos igual deseo de congratularse con el monarca, volviendo el rostro al sol naciente. Quiso también el acaso que no se hallase entonces en la Alhambra la es-

pósa de Albo Hacen: mujer de animo entero y condición altiva, cual se mostraba en su continente, en sus palabras, hasta en el volver de los ojos. Había nacido en la nobilísima estirpe de los zегries, una de las principales del reino, que le había transmitido con la sangre su ambición y sus odios; y aunque hubiese templado algún tanto su índole recia y orgullosa cuando la desposaron con el rey (para que fuese como prenda de reconciliación entre dos tribus largo tiempo enemigas) bien presto se echó de ver que la conveniencia de Estado es débil vínculo de voluntades y flaco cimiento para asentar una paz duradera.

No faltaban a Aixa (que así se llamaba la reina) prendas de gran merecimiento, ingenio claro, resolución, prudencia; pero las dotes de su alma, así como las hermosas facciones de su rostro, tenían un no sé qué de varonil, que inspiraban desdago, y que mal podían avenirse con la condición blanda y el carácter voluble del rey. La afición de éste al deleite y al galanteo, y sus costumbres licenciosas, impropias de un monarca, resaltaban aún más, y en descrédito suyo, teniendo al lado la conducta de Aixa, tan grave y mesurada, que el pueblo le había dado el sobrenombre de la *Horra*, que tanto quiere decir en árabe como en castellano *la honesta*. Verdad es que tal era la altivez de su condición, que ni una sola vez en su vida se mostró celosa; y hasta se le oyó decir (como por vía de desahogo, y aludiendo tal vez a Isabel de Castilla, a quien de corazón aborrecía) que *enfermedad de celos no era achaques de reinas*. Mas no por eso dejaba de labrar lentamente en su ánimo, como la gota continua que cae en una piedra, cada acción o palabra del rey, por leve que fuese, en que le mostraba desvío, si es que no aversión; porque le acontecía a Albo Hacen lo que a todo príncipe débil, que mira con ojeriza hasta en su propio lecho a quien parezca dominarle.

A estas causas de desunión, tan poderosas de suyo, se allegaron otras, quizá no menos graves, atizando el fuego de la discordia por la parte de afuera las dos tribus competidoras. Arrimábase el rey a la de los Abencerrajes, que a ninguna otra cedía en nobleza y poder, y es que a todas no llevaba ventaja; y tal vez, sin conocerlo él propio, se mostraba aún más aficionado a aquella tribu por lo mismo que Aixa manifestaba en público y en secreto su predilección por los Zегries. Enconáronse aún más los ánimos, llegados ya de muy antiguo, cuando nombró el monarca a su valido Aben Hamet, cabeza de los Abencerrajes, por *Alguacil Mayor de la ciudad*; dignidad tan alta y encumbrada, que no consentía encima ninguna que le hiciese sombra, excepto la del rey.

Abrió por su parte la reina los deseos de sus deudos y amigos; y hallándose más quabrantada de resacas del rigor del invierno la salud de su hijo (Abdileh o Boabdil, mas conocido por este último nombre) rogó al rey le permitiese llevarle por algunos meses a su propio palacio, más elevado que el de la Alhambra y de aires más delgados y puros; como que estaba asentado en la cumbre del *Cerro del Sol*, más allá de *Generalife*. Llamábase el palacio de *Darlaroca*, o sea de *la Novia*; porque se lo había ofrecido a la reina el mismo Albo Hacen, como por vía de arras, la víspera de su casamiento: lo que no había dado el amor, lo escogió para sí la venganza.

En este apartamiento y retiro vivía la reina, rodeada de sus deudos más íntimos, excitando con su desgracia la compasión del pueblo, y calentando solapadamente los intentos de sus parciales, cuando se presentó la hermosa Isabel en el palacio de la Alhambra.

Esmerábanse todos en halagar la pasión del rey, encareciéndole a porfía la belleza de la cristiana, refiriéndole sus acciones, sus palabras, hasta su más leve ademán; en términos que el monarca no oía hablar sino de Isabel, cuando no la tenía en su presencia. La misma Ariaja adquirió mucho valimiento, por el influjo que se le atribuía en el ánimo de la doncella; y ésta por su parte se halló al cabo de algunos días tan embelesada y como fuera de sí, que ni pensaba en su cautiverio. Verdad es que nada le recordaba su triste situación: todos lisonjaban sus gustos y se deshacían por satisfacer sus antojos; no llegaba a sus oídos sino el

murmullo de las alabanzas; y cuánto la rodeaba, cuanto tenía a la vista, redoblaban su enagenamiento y su encanto. Aquel palacio tan magnífico, sin igual en el mundo; los suelos de mármol de Granada, más blanco que la nieve; las paredes de azulejos y rica lacería, al uso persiano; las techumbres de cedro, embutidas de nácar y de oro y esmaltadas con vivos colores; los claros y ventanás labrados con primor tan exquisito como la filigrana de Córdoba; por todas partes arcos, inscripciones, columnas más delgadas y airoas que el tronco de las palmas; y en los patios fuentes y estanques; en los jardines árboles y flores; hasta en los regios salones manando y desliziándose cristalinos arroyos; embalsamado el aire con aromas de oriente, que humeaban bajo los mismos pies, y se alzaban a manera de levisima nube por mil respiraderos; los baños de alabastro; los ecos de la música sonando allá a lo lejos; hasta las misteriosas paredes repitiendo los secretos del amor a sus favorecidos, y ocultándolos a los profanos, aunque allí estén presentes; todo ofrecía a los ojos de Isabel una mansión encantada, cual apenas la pudo concebir en sus ficciones la fogosa imaginación de los árabes.

Ni se desvanecía la ilusión de la gentil doncella al asomarse por recreo a las ventanás y miradores: la parte del palacio que habitaba a la sazón el rey, era la morada de estío, vuelta la faz al cierzo, con vistas al Dauro: descubriase frontera una parte de la ciudad, que se levantaba majestuosamente a manera de anfiteatro, desde la misma orilla del río hasta las cumbres del *Albaicín* y la *Alcazaba*: a mano derecha, señoreando las alturas, los palacios de *Generalife* y de *Darlaroca*; y al pie mismo de aquellos alcázares, en una y otra ladera, (como bajando a estrechar el lecho de la mansa corriente) mil deleitosos *cármenes*, poblados de avellanos, de almendros, de toda suerte de árboles, de flores y hortaliza.

A mano izquierda, como resguardo de la ciudad por la parte del mediodía, se divisaban las altísimas cumbres de la *sierra de la helada o del sol* (*solaira* la llamaban) cubiertas siempre de nieve, aún en el corazón del estío: a su falda misma y extendiéndose por espacio de algunas leguas, la famosa *Vega de Granada*, a manera de una rica alfombra, compartida en mil cuadros de diversos colores con cercos de verdura; y por enmedio de aquellos campos serpenteando el Genil caudaloso, que habiendo salido al encuentro del Dauro en las mismas puertas de la ciudad, le recibe en su seno, y corre en busca del Guadalquivir.

Horas enteras pasaba Isabel, contemplando embelesada cuadro tan extenso y tan vario: a uno y otro lado torreones, alcázares, muros; cubiertas las colinas de jardines y casas, y derramándose la ciudad por el inmenso llano; allí los montes de *Abahul*, desnudos y rojizos; allá la blanquísima sierra; acullá el río: por todas partes pueblos, lugares, alquerías hasta perderse en el horizonte... «No sin razón (exclamaba tal vez la doncella) te llaman, oh Granada, *el nuevo paraíso*.»

Cuanto podía contribuir a que se encendiese más viva la llama en el pecho da Albo Hacen, todo concurrió por su daño: la hermosura de la cristiana era extremada; su gracia y sus hechizos acababan de cautivar el ánimo, y hasta el metal de su voz, sin ser quizá de los más sonoros, tenía un dejo tan grato y tan suave, que penetraba insensiblemente hasta lo íntimo del corazón. Si no era empresa fácil resistir a tantos encantos, aún menos podía esperarse del rey, naturalmente tierno y apasionado, y que a fuerza de no encontrar obstáculos y de no poner linde a sus deseos, había caído en tal estado de abatimiento y de tristeza, que casi le era enojoso el peso de la vida. Ahora por primera vez, al cabo de muchos años, sentía latir su corazón como en la lozanía de su mocedad, y se entregaba con tanto más anhelo a su nueva pasión, cuanto estaba íntimamente convencido de que aquella era la postrera: así aparecen más hermosos los últimos días de otoño, porque amenaza ya de cerca el invierno. El carácter bondadoso del rey, y aún más tal vez su pasión misma, le retraían hasta del pensamiento de torcer por fuerza la voluntad de Isabel; no deseaba poseer a una cautiva hermosa, como quien inmola una víctima; había menester quien le amase, quien le trajese incierto entre el temor y la esperanza, quien le hiciese gustar, en fin, las delicias de hallar obstáculos y de vencerlos. Recabar el amor de Isabel, y no de-

berlo al poder y grandeza, cuanto menos al villano temor, sino a su propio merecimiento, este era el único deseo que le embargaba el alma. Aunque no se hallase Albo Hacen en la flor de sus años, ni hubiese nunca sido hermoso, era de gallarda presencia, el semblante grave al mismo tiempo que apacible; y hasta en el mirar de sus ojos, melancólico y adormido, parecía que se reflejaba lo apasionado de su corazón. No creyó por lo tanto imposible ganar el de Isabel, cuyas primicias anhelaba; teniendo la certeza de que jamás había amado a hombre nacido, y esperando por su parte en que el continuo obsequio, el agradecimiento y el extremo de la pasión misma que inspiraba, lograrían al cabo rendirla.

Con esta intención y propósito no omitía el monarca nada de cuanto pudiese fisonjear a la hermosa cristiana: apenas abría los ojos, le presentaban en azafates de plata las frutas más exquisitas de los huertos del rey, salpicadas aún con el rocío y cubiertas con fresquísimas flores: si se dirigía al baño, lo encontraba preparado con perfumes y esencias, que infundían en el alma y en los sentidos como una embriaguez deliciosa, y al tornar a su estancia, le habían ya adivinado hasta sus más leves deseos. Do quiera que estuviese, a donde quiera que se encaminase, ya se había adelantado la eficacia del rey, para que por todas partes hallase el rastro de su amor; seguía la el monarca, pero a manera de un genio invisible, que cubre con su sombra a sus favorecidos y les va allanando los pasos. Rara vez se presentaba a vista de Isabel.

Aún no le amaba Isabel; pero ya le miraba con cariño: dotada de buen natural, y habiendo visto tan de cerca la cara al infortunio, no podía menos de experimentar en favor de su bienhechor cierto sentimiento de afecto y gratitud, distinto del amor, pero no muy lejano; y hasta la vanidad y el orgullo, sobradamente poderosos en el corazón de la incauta doncella, la inclinaban más y más al monarca, que le ofrecía tan halagüeño triunfo.

Iba ya de vencida el verano (los moros contaban el principio de su tercera luna) y aún conservaba Isabel la costumbre de bajar sola con Arlaja a un jardín amenísimo, situado en el repecho que desciende del palacio hasta el Dauro, al pie mismo de la torre llamada hoy vulgarmente *tocador de la reina*. La frondosidad y el apartamiento del sitio convidaban a pasar en él algunas horas; y con tanta mayor satisfacción y deleite, cuanto gozan aquellas márgenes el raro privilegio de restaurar la salud y las fuerzas, sin que sea nociva la frescura del ambiente ni la humedad del cercano río. Había estado embelesada oyendo un romance, compuesto en su alabanza, y cantado con aquel tono suave y melancólico, que se echa de ver aun hoy día en algunas tonadas de los andaluces. Quedóse luego callada largo trecho, como si empezase a sentir en su corazón necesidad de amar; y por no distraerla, permaneció Arlaja a su lado, tan inmóvil y silenciosa, que poco a poco fué cerrando los párpados y salteó la el sueño. Mas de allí a breve tiempo oyó Isabel un rumor levisimo en un cercano césped; volvió azorada la cabeza, y llamó en voz baja a su amiga, que despertó con sobresalto; y al querer ambas levantarse y ponerse en huida, vieron acercarse unos bultos altísimos, del propio color de la tierra, que sin proferir ni una sola palabra, se abalanzaron de improviso y las ciñeron con sus brazos, cubriéndoles la cabeza con un *albornoz* para que no gritasen. Casi arrastrando por el suelo llevaron a aquellas infelices hasta la boca de una sima, y bajaron con ellas por tan largo espacio, cual si fuesen a sepultarlas en el centro mismo de la tierra. Notó después Arlaja (la tímida Isabel iba desvanecida) que las conducían por una senda tan premiosa, que apenas consentía ir dos personas juntas; y con tantas vueltas y revueltas, que no era posible adivinar el punto en que se hallaban: sólo tuvo por cierto, al advertir el destemplado frío y lo grave del aire, que iban por un camino subterráneo, en que nunca habían penetrado los rayos del sol. Lo que no acertaba a concebir (ni era tampoco fácil, aun cuando no estuviese tan sobrecogida de espanto) era cómo tardaban tantas horas, andando sin cesar y sin llegar al término: los mismos monstruos que las conducían parecían ya cansados, y se es-

cuchaba su sobrealiento, cual si el respirar les faltase; y por lo que respecta a Isabel, no bastaban esfuerzos, insultos, amenazas para hacerle siquiera dar un paso; llevando a tal punto su crueldad aquellos asesinos, que hasta la aguijaban por despecho con la punta de los puñales. Volvió en sí la infeliz, arrojando un quejido tan agudo, que resonó una vez y otra en aquellas profundas bóvedas; y queriendo desasirse de los brazos que la apremiaban, fué luchando y reluchando por larguísimo trecho, hasta que la arrojaron como un cadáver a la salida del subterráneo. Despuntaba ya el día, y apenas sintió Arlaja la frescura de la mañana y sospechó que se hallaba en el campo, arrojó de súbito el albornoz que la cubría y comenzó a invocar a grito herido el nombre de Alá. Acudieron al punto los verdugos que las custodiaban, y que ya se aprestaban a consumir la obra de iniquidad; pero en el mismo instante, como si fuera permisión del cielo, divisaron a la puerta de una caverna un venerable anciano, que en la estatura y el ademán retrataba la imagen del Profeta: «¿Qué hacéis, asesinos?... ¡Teneos! El socorro viene de Dios, y el Ángel de la muerte acecha a los malvados.»

Aun antes de resonar estas palabras, ya estaban los asesinos como si a sus mismas plantas hubiese caído un rayo; mas cuando escucharon aquellas voces y reconocieron el acento, el temor les dió alas y se desparcieron por los campos. Postróse entonces el anciano, vuelto el rostro al oriente, y comenzó a entonar el cántico de la mañana con tanto fervor y entusiasmo, que los ecos de aquellos montes no repetían sino el nombre de Dios... «Dios solo es grande... Dios solo es fuerte... no hay más Dios sino Dios...»

Entre tanto la solícita Arlaja había volado al socorro de Isabel: desciñó sus vestiduras y reconoció sus heridas, que eran poco profundas y casi todas en el brazo (como si por instinto natural lo hubiese llevado siempre al resguardo del pecho); mas cuando comenzaba a respirar la mora, creyendo exenta de peligro a su hija, se inmutó de pronto y arrojó un alarido, al conocer en el retroceso y el color de la sangre que las puntas de los puñales estaban tocadas con yerbas. Advertirlo y aplicar sus labios, aun a riesgo de su propia vida, todo fué un solo instante; y volviendo en derredor la vista, descubrió una retama, la arrancó, extrajo el jugo y arrojó el veneno fuera de las heridas.

Cabalmente la cueva, que había escogido para su retiro el piadoso Alfaquí, era la más espaciosa y profunda de cuantas se hallan en aquellos contornos, escavada en los riscos por la caída de las aguas; y presentaba cristalizaciones de tan varias y peregrinas formas, arcos, chapiteles, columnas, que la imaginación creía ver, al leve reflejo de la luz, un templo magnífico, inmenso, creado por la naturaleza para culto de la Divinidad.

* *

Había ya transcurrido la mitad de la noche; y como no tornase Isabel, según lo tenía de costumbre, comenzaron a desasosegarse las esclavas que la aguardaban en el vecino patio (llamado comúnmente *jardín de Lindaraja*) aunque sin atreverse ninguna de ellas a manifestar su recelo, ni menos a traspasar el límite vedado. Mas al ver que iban deslizándose las horas y que Isabel no parecía, se empezó a susurrar si le habría sobrevenido algún daño; y queriendo cada cual a su vez parecer más solícita y cuidadosa, corrieron todas de tropel a dar aviso de la extraña novedad que advertían.

Ninguno tuvo aliento para participar a Albo Hacen la falta nueva; mas creció tanto el rumor, que llegó a sus oídos; y empuñando las armas, incierto y receloso, saltó del lecho y salió de su estancia, para informarse de la causa de tamaño escándalo. Quedóse al pronto inmóvil, cual si fuese de mármol; pero rompiendo luego los diques a su enojo, comenzó a dar tales voces de dolor y de ira, que mas bien parecían rugidos de un león que no acentos de un hombre. El primer pensamiento que asaltó el ánimo del rey, fué que la misma Isabel habría premeditado su fuga, para volver a tierra de cristianos; pero ¿quién podía haberle suministrado los medios de llevar a cabo su designio? Tan solamente Arlaja era la depositaria de sus secretos, su única amiga, el móvil de su voluntad; y rayaba casi en

lo imposible que se hubiese prestado la mora a un paso tan aventurado, abandonando locamente prosperidad, riqueza, el colmo de sus esperanzas, para exponerse a mil azares y tal vez arrastrar las antiguas cadenas.

Albo Hacen conocía a fondo el carácter de Aixa, y sabía que ella sola en todo el ámbito del reino hubiera sido osada a descargarle un golpe tan mortal, no dudó ni un momento que hubiera partido de su mano. Rebosó su furor a la mera sospecha: registró, ciego de ira, los senos de aquel laberinto; halló rastros, pisadas, mal cerrada la compuerta de hierro, y acudiendo a su voz una turba de esclavos, se arrojaron unos tras otros en la desconocida senda.

A la misma entrada de la sima aguardaba impaciente el rey: redoblaba preguntas, avisos, amenazas; arroyos de sangre iban a correr en Granada si no parecía la cautiva. Volvió en breve un esclavo, sin poder alentar siquiera; hizole mil demandas el rey, a que el infeliz apenas contestaba, sobrecogido de temor y respeto; mas al fin pudo colegirse de sus mal concertadas palabras que en el camino subterráneo se hallaba más de un vestigio de la reciente fuga.

Escucharlo Albo Hacen y correr desolado a la orilla del río, donde desembocaba en una gruta el oculto sendero, todo fué obra de muy cortos instantes: apenas podían seguirle sus cortesanos; tanta era su presteza. Mas así que hubo llegado, incierto todavía entre el temor y la esperanza, y cuando luego supo que no habían hallado a Isabel, arreció tanto su furor, que cuantos allí le cercaban temblaron por sus vidas.

Derramáronse por las sierras de Alfacar cuantos habían acompañado al rey, y los que después le siguieron, en busca todos de la hermosa cautiva, en tanto que Albo Hacen, con el afán de verla antes, permanecía inmóvil a la salida del camino subterráneo, inclinando el cuerpo y aplicando atento el oído. Mas de allí a poco tiempo oyó Arlaja a lo lejos pisadas de caballos, y mal recobrada todavía del reciente peligro, asomó la cabeza con temor y recato y descubrió las gentes del rey. Dió entonces tales gritos, enajenada de alegría, que al escucharlos Isabel desde lo hondo de la cueva sobrecogióse de espanto y corrió a guarecerse junto al Alfaquí; y el venerable anciano, con el ansia de calmar sus temores, salió a ver por sí mismo lo que había dado ocasión a las voces de Arlaja.

No hubo menester preguntársele: que ya se hallaba la mora cercada de cortesanos y de esclavos; y se veía al ansioso monarca trepando por aquellos riscos, bañado en sudor frío, temiendo preguntar si aún vivía la prenda de su corazón.

«¡Aquí está! (gritó Arlaja, al divisar al rey); aquí, señor, aquí; el cielo mismo le ha servido de escudo!... Oírlo Albo Hacen, llegar a donde se hallaba la mora y aparecer Isabel como por ensalmo, todo fué un solo punto: había salido la infeliz, casi arrastrando por el suelo, llena de temor al contemplarse sola, y apenas vió al monarca, abrazóse a sus pies, como quien no tenía en la tierra más refugio ni amparo, y comenzó a llorar amargamente, sin proferir ni una sola palabra.

Las circunstancias del rapto de Isabel contadas por Arlaja, los propios recuerdos del rey, y el concepto que tenía del carácter de Aixa, no le dejaban ni un asomo de duda de que ella había sido el alma del atentado; no por pesar y desquite de ver entregado a otra el corazón de su esposo (en cuyo caso el mismo extremo del cariño podría servir de excusa), sino para quebrar los ojos al rey, amenazando la vida de lo que más amaba en el mundo, y aun tal vez para humiliarle a vista del pueblo, mostrando que hasta al palacio mismo alcanzaba el brazo de la reina.

Aún no estaba el sol a la mitad de su curso cuando cierto ya Aben Hamet, ministro de Albo Hacen, que había tomado precauciones para desvanecer cualquier recelo, se encaminó sossegadamente al palacio de la reina, sin aprestos guerreros ni boato de su dignidad, sino con hábito sencillo, montado a la jineta y sin más armas que un alfanje damasquino pendiente siempre de su lado. De esta suerte llegó hasta la puerta del palacio, que encontró cerrada, y a los recios golpes que en ella dió un esclavo africano que le acompañaba, asomóse un moro al rastrillo y demandó con extrañeza quien osaba causar aquel estrépito. *Un nup-*

cio del rey (contestó Aben Hamet, desembozando el alquizel para mostrar el rostro) y mandándole con el brazo que abriese, dudó [el moro un instante, tornó a mirarle, y obedeció.

Llegado que hubo al primer patio, divisó unos cuantos guardas en rededor de un estanque, al parecer entretenidos con la pesca, pero sabedores ya de su llegada, tenían de intento vuelta la espalda hacia la senda por donde él venía, y fingieron no sentir sus pisadas. «¿Quién es el caudillo de esta gente? (preguntó Aben Hamet, acercándose a ellos).—Yo soy, respondió uno de los moros.—Di a Aixa que Aben Hamet le trae un mensaje del rey.—La reina no está en su aposento.—¿Dónde está?—No lo sé.—Yo iré a buscarla.»

Al decir estas palabras, ya estaba Aben Hamet encaminándose hacia un cedador al extremo opuesto del patio, sin que ninguno de los guardas osase detenerle, ora fuese por el temor que infunde el arrojo y grandeza de ánimo, ora porque no tuviesen orden de atajarle el paso.

La sorpresa, la incertidumbre, el temor de aventurar la vida de la reina con una resistencia inútil, helaron el corazón aun de los más osados; pero conservando Aixa su serenidad en aquel trance, rogó a sus deudos y amigos que la dejasen sola, «pues quería oír de la boca misma del Abencerraje (que así le llamó por menosprecio) hasta dónde llegaba la ceguedad de Hacen». Mahomad Zegri y los otros caudillos hicieron varios esfuerzos para retraer a la reina de su propósito, y desesperanzados de blandearla, se ocultaron en los alrededores de aquella estancia, con ánimo resuelto de acudir en defensa de Aixa y verter por ella su sangre, antes que tolerar el menor desacato.

Entre tanto Boabdil, reclinado en unos almohadones a corta distancia de su madre, la miraba de hito en hito sin pronunciar ni una sola palabra, pendiente de sus ojos y esclavo de su voluntad, se reputaba seguro a la sombra de Aixa, y ni siquiera dió muestras de indignación, cuando menos de aliento, al ver amenazada a su madre.

Cualquiera otro que no fuese Aben Hamet habría titubeado al ver el continente de la reina; pero el caudillo Abencerraje se acercó gravemente, sin mostrar ni temor ni audacia, y le dijo estas meras palabras: «El rey de Granada me envía a anunciarte su voluntad: te aparta de su lecho, y te ordena que salgas cuanto antes de la ciudad y sus contornos »

Encendióse el rostro a la reina, y apenas pudo contener la ira que hervía á borbotones en su pecho; pero volviendo luego en sí, y mostrando desdén en su ademán y acento: «Vuelve y di a tu señor que la nieta de Hozmin, *el vencedor de reyes*, aceptó sin vanagloria la mano de Muley Hacen, y hoy la suelta sin pena.» Quiso Aben Hamen replicarle, pero tornándole la espalda, se encaminó la reina hacia donde Boabdil reposaba, y le dijo alzándole del brazo: «recobra, hijo mío, recobra la salud, que el cielo es justo y no nos faltará en la tierra un asilo.»

Entre tanto Albo Hacen, preso de los amores de su cautiva como si le hubiesen dado bebedizos, no tenía más anhelo que cerciorarse por sus propios ojos del estado de su salud, temiendo no le engañasen con favorables nuevas por calmar su inquietud y zozobra, hasta que al fin determinó pasar a la estancia en que se hallaba Isabel en compañía de Arlaja, después de prevenir secretamente por medio de un esclavo que no le embarazasen el paso testigos importunos.

Halló el rey a Isabel recostada en una alcatifa, descolorido el semblante, los ojos bajos, el cabello destrenzado sobre los hombros, manifestando en su ademán y rostro la mella que había hecho en su ánimo la reciente desgracia. Al ver entrar al rey, dió muestras de querer levantarse como para arrojarle a sus plantas; pero el apasionado monarca lo estorbó con blandas razones, manifestando recelo de que al más leve esfuerzo se tornasen a abrir las heridas.

Inclinóse el rey, cogió la mano de Isabel y la llevó a sus labios; pero apartándola de pronto la doncella, y sin poder contener sus sollozos y lágrimas: «mi suerte, mi libertad, mi vida, todo, señor, está en tus manos, y aunque derramara

por ti la última gota de mi sangre, nunca podría pagarte la piedad con que mira a esta desventurada huérfana... Pero, oyeme, señor, oyeme por lo que más ames, y no te ofenda mi atrevimiento: la hija del Comendador Solís no nació destinada a un trono; pero no será mientras viva, la querida de un rey.»

Pronunció Isabel estas palabras con tal dignidad y entereza, que el mismo Albo Hacen se quedó sorprendido, y aun no le pesó que se acercase Arlaja, poniendo fin de esta suerte a una situación tan penosa. Mudo permaneció el rey por larguísimo espacio, sin mirar siquiera a Isabel, cuyos sollozos se oían más profundos y ahogados; hasta que al fin, incierto y pesaroso, poco satisfecho de sí mismo y arrastrando con ira la cadena de su pasión, salió de aquella estancia, después de manifestar a Isabel con tibias y mal concertadas expresiones cuán grato le sería su total restablecimiento.

No menos de tres días, que le parecieron tres siglos, permaneció Albo Hacen en su aposento, abandonadas las riendas del Estado, y sin acoger siquiera a sus ministros y validos. Ni sabía qué partido tomar; ni tenía aliento para romper los grillos que le aprisionaban; y si alguna vez vislumbraba un rayo de esperanza, al punto resonaban en su oído las últimas palabras que pronunció Isabel: *la hija del Comendador Solís no será nunca la querida de un rey...* «¿Y por qué no su esposa? (dijo al fin Albo Hacen alzándose de pronto): ¿cuál más bella en el mundo ni adornada de mejores prendas? Cien y cien hermosuras me ofrecen sus encantos, mendigan mis miradas, me atosigan con sus caricias: y ella sola, ella sola, misera, desvalida, no se ha dejado deslumbra por el brillo de mi grandeza... ¿Y si por ventura me ama? Yo he sorprendido alguna vez sus ojos que buscaban los míos, y al punto de encontrarlos clavábanse en la tierra... Sus expresiones de gratitud tan tiernas, tan ardientes, como si las dictase el amor mismo... su turbación y recato al verse en mi presencia... el placer que brilló en su semblante, al arrojarse a mis pies en la cueva... Por mí la sin ventura ha vertido su sangre; por mí sirve de blanco a los tiros de mis enemigos; apenas bastará a guarecerla la sombra de mi trono... y yo la dejaré desamparada... Mi pueblo, mis vasallos... ¿y quién de ellos, por infeliz que sea, no puede elegir por esposa a la amada de su corazón? Yo lo quiero, lo puedo, lo haré; no será el primer monarca en el mundo que ha dado su mano a una cautiva. Isabel es hija de un famoso guerrero... su linaje noble... sus deudos lo mejor de Castilla.

Isabel había nacido cristiana; ¿renunciaría por Albo Hacen a la ley de sus padres? Esta duda cruel empezó a atormentar al rey, tanto más grave y angustiosa cuanto no estaba en su mano superar aquel nuevo obstáculo; pero anteponiendo la muerte misma, si necesario fuese, a permanecer por más tiempo en tan amarga incertidumbre, mandó venir a Arlaja y le abrió de par en par su pecho.

Atónita y maravillada escuchó la mora la resolución del monarca; y aunque mil veces antes, en los devaneos de su imaginación, se hubiese lisonjeado con la esperanza de ver a su hija en el trono, ahora que veía tan cercana su dicha, la reputaba un sueño, y temía despertar de su encanto. Ni aún expresar pudo con palabras lo que pasaba en su corazón: lloraba y sonreía al mismo tiempo; besaba los pies del monarca; y solo se oían en sus labios estas confusas voces: «¡Alá! te ensalce y te bendiga! Los reyes de la tierra van a envidiar la suerte... ¿qué mayor tesoro en el mundo?»

Regracióla el rey por tantas muestras de lealtad y cariño como daba la mora que bien se percibía en ellas que amaba a Isabel con entrañas de madre; y después de exigirle una vez y otra la promesa de alcanzar el consentimiento de la doncella, para verificar sin demora el anhelado enlace, le instó de nuevo, volvió a rogarle, despidiéndola, al cabo, y al ir ya cercana a la puerta, salió el rey presuroso y le dijo como fuera de sí: «cuenta que no lo olvides. Dí que Albo Hacen le ofrece su corazón, su mano... pero que no tolera que desprecien sus tones.»

A poco de llegar el rey, vino en su seguimiento Aben Hamet, acompañado del cadí; en tanto que aguardaban en el jardín vecino algunos ministros inferiores, alcaldes y caudillos. A una leve señal colocóse Arlaja al lado de Isabel, echándole sobre la cabeza un *alhareme* o velo, de cendal tan sutil que dejaba traslucir sus facciones, y aumentaba, si posible era, su encanto y sus hechizos; aguijando a la par la curiosidad y el deseo. Precedíalas el rey, vestido con traje modesto, pero que realzaba su majestad entre las ricas galas de caudillos y cortesanos; la túnica ceñida a la usanza de Persia, y en la cabeza un turbante oriental con solo una garzota.

Atravesaron en silencio por el *jardín de lindaraja*, y se encaminaron al extremo del *patio de los leones*, que da vista al oriente, donde un laberinto de apiñadas columnas forma una especie de templo de las gracias y da paso a una estancia magnífica,

Requirió el cadí, con acento grave y pausado, el consentimiento de ambos esposos; dándole el apasionado monarca de lo íntimo de su corazón con voz clara y sonora, y echándose de ver en la turbación de la doncella el contraste del pudor y de la ternura. El rico pergamino, en que estaba escrito el contrato con letras de mil colores sobre campo de oro, le recogió de manos del cadí el mismo Aben Hamet, como alguacil mayor de Granada, a fin de custodiarlo en los regios archivos; y antes de finalizar aquel acto, presentó Albo Hacen a su esposa, como por vías de arras; dos azafates colmados de joyas y preséas, que con su brillo deslumbraban los ojos; dándole después, envuelto en seda, un pliego escrito de su propia mano, en que le afianzaba una riquísima dote, y entre otras dádivas un palacio de los más amenos situado a los márgenes del Genil y en que se criaban para recreación de los reyes las aves más vistosas y raras de todas las partes del mundo.

Sorprendida se mostró la doncella, y casi involuntariamente esquivó la mano, al ofrecerle aquel presente el rey, como si la luz de un relámpago brillase de repente a su vista, recordó que era costumbre y uso entre aquellas gentes asegurar con rica dote la suerte de la esposa, para el caso en que el marido la repudiase sin causa; y dándole un vuelco el corazón, y brotando en sus ojos las lágrimas, sintió tal contraste y angustia, que no fué parte a sustentarse en pie y se arrojó a los del monarca: «yo no tengo más amparo en el mundo... por compasión, al menos, no abandonéis a esta desventurada!...»—«¿Qué dices, esposa de mi vida, qué dices? (le interrumpió sorprendido Albo Hacen, procurando levantarla del suelo).—«No me alzaré de aquí (prosiguió la cuitada) sin que antes me juréis no apartarme jamás de vuestro lado... Guardad, señor, guardad vuestros tesoros que si algún día perdiere por desdicha vuestro amor y ternura... yo sí que os lo juro desde ahora con el alma y la vida; no habré menester entonces riquezas ni palacios, me bastarán pocos palmos de tierra.» Al decir esto, volvió tristemente, la vista hacia la *rauda* o panteón de los reyes, que de allí muy poco distaba, y quedóse tan inmóvil y yerta, que a duras penas pudo el rey levantarla y estrecharla cariñoso en sus brazos.

Así que lo hubo consentido el abatimiento de Isabel y la sorpresa del monarca, rogóle este de nuevo que aceptase algunos dones; mas no pudiendo vencer la obstinación de la doncella, y temiendo lastimarla con repetidas instancias, «pídemelo que quieras (le dijo), y que disfrute yo la dicha de escucharlo de tus propios labios: ¿de qué me sirve el poder de un trono, si no tengo un solo don que ofrecer a mi esposa?» Alentada la doncella con estas palabras, en que se retrataba la pasión del monarca no menos que su índole generosa, le contestó al cabo de unos instantes, y no sin turbación y encogimiento: «pues es tanta vuestra bondad para con esta desdichada, una sola gracia me atreveré a pedir.»—«No te detengas, habla; mi vida misma, si la quieres, es tuya!»—«Yo he sido muy infeliz; harto lo sabéis, señor, pues que habéis enjugado mis lágrimas...»—«¿Y a qué te afliges con ese recuerdo, ahora que se ha colmado tu ventura y la

mía?»—«Escusadme, señor, si os causan pesadumbre mis palabras; mas por lo mismo que soy ahora dichosa, no puedo echar en olvido a los que son muy desdichados... En vuestro reino, señor, en este mismo palacio, hay no pocos cautivos, como yo lo he sido hasta hoy... Romped, señor, sus hierros, y que vuelvan a abrazar a los suyos... Yo os lo ruego por mi amor, por estas lágrimas que vierto... es el mayor presente que podéis hacerme en la vida!»

El desinterés de Isabel, su candor, su ternura, acabaron de hechizar al rey, que la miraba como a un ángel del cielo: mandó inmediatamente abrir las mazmorras de la Alhambra y soltar centenares de cautivos cristianos, y a pesar del delirio de la pasión y de la embriaguez del deleite, repitió mil veces después, en lo restante de su vida, que no había disfrutado momento más dichoso que cuando vio llegar a aquellos infelices llorando de alegría, arrojarlos a sus plantas, y colmar de bendiciones a la esposa que tanto amaba.

* * *

En tanto que Albo Hacen disfrutaba la dicha más cumplida que es dada a un mortal en la tierra, habíanse refugiado al palacio de Aixa el odio, la venganza, cuantas pasiones enconosas presagian disturbios y desastres. Que no bien se surrió en el alcázar de la Alhambra el próximo desposorio del rey, cuando no faltó quien llevase la nueva a los oídos de Aixa, la cual al principio se negó a darle crédito, por lo mucho que costaba a su altivez y orgullo; mas como los aguzadores del mal, que tanto abundan en los palacios, le confirmasen en breve la verdad de su afrenta, estalló su furor con más ímpetu y violencia que nunca. Inquieta vagaba por su estancia, sin parar ni un solo momento; como la esposa del celoso tigre, encerrada entre barras de hierro: revolvió en su mente mil designios, a cual más arriesgado; y no menos intentó, en el primer arranque de su ira, que evadirse con mentido disfraz, presentarse de improviso al pueblo, y sublevarle a nombre de su hijo. No fué poca ventura que le contuviese la magnitud de tamaña empresa, hasta consultarla a lo menos con el caudillo de su bando; y haciéndole venir a su presencia en aquel mismo instante, salió desalada a su encuentro, y díjole aún antes de que se aproximase: «Mira, Mahomad, el fruto de tanto sufrimiento y bajeza: el que apenas osaba agravíarme, ocultando bajo la tierra sus villanos amores; el que temblaba en mi presencia, y hasta en sueños temía mi enojo y mi venganza; desvanecido ahora, insolente, perjuro, me arroja de su trono y su lecho, y coloca en él a una esclava. ¿Lo dudas?... corre, vuela: en este propio instante la estrecha entre sus brazos, la proclama su esposa, le ofrece en holocausto mi humillación y mi vergüenza. La nieta de Hozmin, la reina de tu estirpe, tu amiga, tu aliada, se mira en este día revolcada en el lodo... ¡Y no sientes hervir la sangre de tus venas!»

Mudo permaneció Mahomad durante unos momentos, sin advertirle la más leve alteración en ademán ni en rostro: contemplábase Aixa sorprendida y maravillada; tanto que ni siquiera acertaba con las palabras; mas no pudiendo reprimirse por más tiempo, y al ir a romper ya en quejas y denuestos, atajóla el caudillo con estas palabras: «No extrañes, noble Aixa, que me haya sorprendido tu enojo, cuando yo venía a demandarte albricias, viendo asegurados tu triunfo y tu venganza.» «¡Mi triunfo y mi venganza!» (interrumpióle Aixa.) «¿Pues qué no has entrado mil veces (prosiguió con serenidad el caudillo) en el alcázar de la Alhambra?... Aún están salpicadas sus puertas con la sangre del rey Ismael, que perdió el cetro y la vida por los amores de una vil esclava... Y era también hermosa, según dicen, y nacida en la propia villa que la que hoy precipita a Albo Hacen... Cúmplase su destino!»

No dijo más el moro: y quedó tan tranquilo y satisfecho como si estuviese ya viendo con sus propios ojos la perdición del rey: su ademán, sus palabras, el ímpetu que ejercía en el ánimo de Aixa, como cabeza de su tribu, la fama de su consumada prudencia, y el crédito que había granjeado con sus hazañas, le daban tanto peso y autoridad, que el cabo logró templar la ira de la reina; dejándola persuadida a que era conveniente esperar sazón y coyuntura, no como el que

perdona cobarde la ofensa recibida, sino como el que acecha al enemigo para herirle más a su salvo.

Pasados algunos días, que consagró Albo Hacen a la sola y única dicha de verse al lado de su esposa, libre de la carga del mando y del peso de la grandeza, comenzaron las fiestas y regocijos con que habían de solemnizarse las bodas. Ordenó el rey que ante todas cosas se celebrase una *zambra* en el palacio de *Generalife*, donde se ostentase a porfía el esplendor de su corte; que más numerosa y lucida no la tenía a la sazón ningún monarca de la tierra.

Hallábase colocada la música de allí a alguna distancia, para que sus acentos llegasen más suaves a los oídos del rey y de su esposa; los cuales contemplaban, no sin admiración, los vistosos y alegres bailes, con que retemblaba la galería de en frente. Gustó sobre todo a Isabel una danza muy difícil y artificiosa, que los moros apellidaban *leila*; y comparándola con la danza grave y compasada, que había visto en Castilla, dijo con donaire a su esposo: «Afortunados sois, a fé mía; pues hasta en los bailes retratáis la imagen de vuestros amores.» Sonrióse el rey, cada vez más prendado de las gracias de su gentil esposa; y cuando más embebecidos estaban en un dulce coloquio, llamó de pronto su atención el vuelo de unas aves, que vinieron a caer a sus plantas. Las habían despedido, a lo que parece, desde la copa de un ciprés altísimo y también alicionadas estaban las dos hermosas tórtolas, que de un vuelo se dirigieron al pie del árbol mismo, que cubría con su sombra a los afortunados esposos.

Miró Albo Hacen a su esposa con tan blanda sonrisa, que bien se echó de ver en ella el sumo gozo de su corazón; en tanto que Zoraya, si bien bajó los ojos con recato y modestia, se holgó más de aquel tributo, pagado a su hermosura, que de la vana pompa y grandeza del trono.

Sin embargo no fueron tan afortunados en las fiestas de la calle. En ellas estalló la furia de Zegrís y Abencerrajes, en colisión sangrienta y Dios solo sabe lo que hubiera acontecido aquel día, a no ser por la confusión y desaliento de uno y de otro bando: porque tal era el furor, tal el encono y la sed de venganza, que no se dieran por satisfechos sino con el exterminio de sus contrarios. Había desaprovechado Albo Hacen el único momento que le deparó la fortuna para apagar la llama antes de que cundiese; por colmo de ceguedad y desacierto tenía confiada la autoridad suprema al caudillo de un bando, entregando así su propia suerte, su corona, su vida, el embate de los partidos; en tanto que el pueblo, el inconstante pueblo, que había perdido hasta la memoria de los estragos de la guerra civil, sentía desasossegado su ánimo, y aguzaba el propio las armas.

Intentaron en balde algunos ancianos, los sabios y alfaquíes ofrecerse como mediadores, llevando de una parte a otra palabras y consejos de paz: crecía por instantes la furia; urgía el peligro; no quedaba esperanza.

Mas quiso el cielo, en sus juicios inexcusables, retardar por algún tiempo la ruina de aquel imperio, que había de perecer en breve desgarrado con sus propias manos: y cuando ya sonaba la señal del fatal rompimiento, casi a punto de verse la sangre, la sangre de hermanos y de hijos, quedaron en suspenso las armas por un acontecimiento inesperado.

Como tabia de salvación miró el rey a su hermano, así que hubo vuelto de la sorpresa que le causó su inesperada venida; y sin más anhelo y afán que alejar a toda costa el inminente riesgo, ordenó que en aquel mismo punto viniese Aben Hamet a su presencia; y encomendó a Zagal que volase sin pérdida de instante a contener a los Zegries. Obedeció el caudillo, mostrándose complacido y ufano de la confianza del rey; mas resolvió en su ánimo no invocar siquiera su nombre ni prevalerse de su autoridad; antes bien hacer muestra y alarde de su propio influjo y poderío.

A poco de haber salido por la *Puerta de Bib-Rambla*, buscando la corriente del Dauro, ya vió el príncipe a los Zegries cubriendo una y otra ribera, hasta donde cruza el Genil: hallábanse preparados al combate, aguardando de un mo-

mento a otro la acometida de sus enemigos; y al ver arremolinarse a lo lejos el espeso gentío, sin ser parte a atinar la verdadera causa, arrojaron el grito de pelea y blandieron en el aire sus lanzas. Apenas les dió tiempo la ira que los cegaba para divisar un pendoncillo blanco; que venían tremolando delante del Zagal; y al escuchar su nombre, repetido de boca en boca como otros tantos ecos, prorrumpieron a su vez en aclamaciones, y salieronle al paso.

De ver era por cierto la gravedad y gallardía con que atravesó el príncipe por aquella cerrada turba, mirando afeble a unos, apellidando por su nombre a otros, sobreponiéndose a todos sin desvanecimiento ni arrogancia; y como preguntase con especial esmero por su compañero en los combates, *allí está!* le gritaron, y le condujeron casi en hombros a donde Mahomad se encontraba. Mucho se holgó el caudillo de ver venir en su busca a tan valiente príncipe; y conociendo el sumo precio de granjear su buena voluntad, no excusó tributarle a vista de los suyos toda suerte de homenaje y de respetuosos obsequios. Apartáronse un breve trecho cuantos al rededor se hallaban, a pesar del ansia que tenían de contemplar de cerca a dos caudillos tan famosos; y después de un secreto coloquio, que de nadie fué oído, sólo se escuchó al príncipe decir en voz más alta: «no me engañé, Mahomad, cuando confié en tu prudencia: no faltará ocasión a estos valientes para lucir en el campo su esfuerzo; mas no permita Alá que lo llore hoy Granada!» Resonaron mil vivas en derredor del príncipe, que regoció a los guerreros con su ademán y rostro: y como si echase menos a Alí, y le buscase con la vista, le divisó entre otros caudillos, y le dijo de lejos: «¿dónde estás, que no te encontraba?... Bien se conoce que no te han visto en los combates los que así te calumnian: yo siempre ví a tu lanza herir el pecho y nunca las espaldas.» Calló al pronto el Zegrí, sin acertar con la respuesta; que no se atrevía a confesar aquella acción bastarda, y tenía a mengua mancharse con villana mentira. «Si el Abencerraje imagina que soy yo quien le ha herido (contestó al fin, no sin turbación y embarazo) ¿por qué retarda la satisfacción y el desagravio?» Mostróse satisfecho el Zagal con aquella torcida respuesta; y abrumando al caudillo con el peso de sus elogios, para atarle de esta suerte las manos, dejó encomendado a Mahomad que no le perdiese de vista, y procurase temblar el ardor de los suyos; que el mismo príncipe salía fiador con su palabra de que no serían acometidos ni insultados por parte de los Abencerrajes.

Cuando volvió el Zagal a donde el rey se hallaba, estaba en su presencia el caudillo de aquella tribu, como pesaroso y malcontento de que hubiesen detenido su brazo; porque además de su altiva índole y del deseo natural de venganza, sentía a par de muerte que se le escapase de las manos tan buena conyuntura; teniendo a favor de su bando la autoridad del rey, no menos que el apoyo del pueblo. Hubo empero Aben Hamet de encubrir su desabrimiento, al oír de los labios del monarca su resolución y mandato; y cerciorado al mismo tiempo de la llegada del Zagal, y como ya le avistase de lejos, compuso el rostro y ademán; como quien viendo perdida la ocasión, aparenta ofrecer de buen grado lo que ya le robó la fortuna.

Grandísima sorpresa se despertó en palacio, cuando antes que llegase la noche, empezó a susurrarse que el rey había resuelto encaminarse a la ciudad de Málaga; que se aprestaba la partida; que la reina le acompañaba; que no llevaba consigo sino una corta guarda, dejando como inútil la vana pompa de la corte.

Los pocos días que mediaron hasta el de la partida, mostróse el rey más desparcido y alegre que lo que tenía de costumbre; ora porque su viva imaginación había menester pábulo y alimento, so pena de consumirse a sí misma, ora porque se complacía el bondadoso príncipe al contemplar el gozo de Zoraya, que le hacía a la vez mil preguntas, nacidas de su candor e inexperiencia, mostrándose tan inquieta y alborozada como si fuese a recorrer el mundo.

Ya había tendido el sol sus rayos, sin que ni una sola nube empañase los cielos cuando llegó la regia comitiva a un espacioso llano, no lejos del Xenil, que

tuere a mano derecha su curso, al salir de Granada, como si fuese presurosa a recibir por tributarios a otros rios. Y tan deleitosa y amena era aquella llanura, desde la cual se descubría la dilatada vega con cien pueblecillos y aldeas, la sierra cubierta de nieve hasta la falda misma, en que verdeaban los campos, y los muros y las torres de la ciudad coronando uno y otro monte, que por disfrutar a placer aquellas vistas, mandó el rey hacer alto, deteniéndose con especial agrado cuando reconoció la parte del alcázar en que tenía sus aposentos la reina.

«No hay otra Granada, Albo Hacen,» le dijo al fin Zoraya—. «Granada y tus amores... ¿que más dicha en la tierra?»—Y al proferir estas palabras, el apasionado monarca fijó en ella la vista con tanto cariño y ternura como cuando por vez primera le declaró su vehemente pasión.



Salió Albo Hacen de Málaga sin séquito ni boato, encubriendo a todos su designio, y apadrinando el rumor de que se encaminaba a Ronda, ciudad fuerte de suyo, guarecida con altísimos montes y profundos tajos; pero que ni aún de esta suerte se veía escudada contra la osadía de los cristianos, que habían llegado hasta tocar con las manos el muro, dejando como señal y trofeo una de las torres por tierra.

Tan natural parecía el intento del rey, y tal concepto había formado el pueblo de su inclinación a la molicie y al regalo, que ni aún siquiera sospechó que alimentase otro intento; y fué extremada la sorpresa y mayor el júbilo que se difundió por el reino, cuando llegó la inesperada nueva de la toma de Zahara, llevada a cabo con singular ventura en el término de una noche.

Hallábanse a la sazón los Reyes Católicos en Medina del Campo, famosa en aquellos tiempos por su industria y riqueza, de que hacía ostentación y alarde en sus nombradas ferias, envidia de Europa; y cuando más tranquilos se hallaban aquellos príncipes, libres ya por su esfuerzo y prudencia de enemigos extraños, y vuelta la atención y la mente a afianzar la paz doméstica y el bienestar del reino, llegó a sus oídos la tristísima nueva de la desolación de Zahara.

Grandísima fortaleza hubieron menester para resistir a un tiempo al deseo de vengar tantas ofensas, al noble afán de gloria, al celo por la religión, que los impulsaban de consuno contra los infieles.

Entre tantos insignes caballeros como instaban a la reina Doña Isabel para que no retardase por más tiempo humillar el orgullo de los infieles, distinguíase un venerable anciano, por la inalterable constancia con que no perdonaba ocasión ni coyuntura de presentarse ante la reina.

So color de una montería, para encubrir mejor su intento, salió el marqués de la villa de Arcos, heredada de sus progenitores; y caminando con escaso séquito, si bien toda ella gente de armas, no menos acostumbrada a perseguir fieras en los bosques que a vencer enemigos en el campo, se encaminó por senderos y atajos a las inmediaciones de Sevilla, donde tenía concertada una plática secreta con don Diego de Merlo, caballero de grande ánimo, de consumada prudencia, nombrado por los Reyes Católicos Asistente de Andalucía.

De allí a breves días, procediendo entrambos caballeros con la mayor cautela y recato, aprestó cada cual su gente, escogida toda y probada ya en cien reencuentros; y enderezándose por distintas vías al punto convenido, sin que les acaeciese el más leve azar o contratiempo, se hallaron reunidos como por milagro en el corazón del reino de Granada, al pie de las ásperas sierras en que tiene Alhama su asiento.

Ocultos en los profundos valles que forman las empinadas sierras, aguardaron los cristianos a que cerrase la noche, más obscura que boca de lobo, con nubarrones, ventisca y aguaceros; caminaron después a la deshilada, por enmedio de tajos y rocas, con tal recelo que hasta el rumor de las pisadas ponía espanto; y sin respirar siquiera para no ser sentidos, llegaron al pie de un torreón, y allí estuvieron a punto de malograr la empresa por la noble emulación y el ansia misma con que cada cual reclamaba para sí la gloria de subir delantero. *Arriba*

o a la fosa, dijo Martín Galindo, plantando una escala y trepando vélozmente por ella.—«En las ajenas nos abrazaremos... o en la eternidad», le contestó Juan Ortega, que en denuedo y arrojo a ninguno en el mundo reconocía ventaja; y al cabo de pocos momentos, ya se divisaban dos bultos sobre los adarves.

Subieron después unos en pos de otros como un centenar de valientes, asidos de las cuerdas que se blandeaban al peso, aguardándoles arriba la muerte y a sus pies un hondo precipicio. Apenas se hallaron en la cima, arrojáronse dentro del castillo sin salida ni efugio, caminando después a tientas, en medio de las tinieblas, abriéndose paso con la espada; de suerte que los guardas, sobrecogidos de espanto y entorpecidos con el sueño y el frío, ni aun ánimo tuvieron para vender caras sus vidas.

Ya eran los cristianos dueños del torreón; pero todavía no habían arrostrado los mayores riesgos: era necesario salir de aquel recinto, pelear en las calles y plazas, apoderarse de la ciudad antes que amaneciese. «Pocas horas nos quedan (dijo el marqués de Cádiz, rodeado de aquellos valientes): ¿nos contentaremos con quemar una torre, como hicimos en Ronda?... Pero entonces, compañeros, no tenemos que vengar a Zahara...» Aún no había acabado de decirlo, cuando abriendo las puertas y rastrillos precipitáronse de tropel, como un torrente despeñado; y teniendo a desdoro prevalerse de la sorpresa, tocaron las trompetas y dieron a un tiempo el grito de *Santiago y España*.

Batalla tenebrosa apellidóse aquella, y con este tremendo nombre la ha perpetuado la historia: en el breve término de una noche corrieron arroyos de sangre por la ciudad de Alhama, muertos o cautivos sus moradores, y al clarear el día, ya ondeaba sobre sus torres el glorioso pendón de Castilla.



Cuando empezó a susurrarse por Granada la pérdida de Alhama, rehusaba la gente dar crédito a tan amarga nueva: imposible parecía que hubiesen osado los cristianos penetrar con sus armas hasta el riñón del reino, cercados por todas partes de enemigos, y pudiendo casi divisar con sus ojos las torres de la Alhambra. Mas al pismo causado por el primer anuncio sucedió en breve la duda, y a la duda sucedió la certeza, aumentándose de tal suerte el desasosiego y la zozobra, que en el término de pocas horas se hallaba la ciudad sumergida en la más profunda consternación. Desatentada corría la gente por calles y por plazas, repitiendo el nombre de Alhama, en medio de lamentos y gemidos: gritaban las mujeres y mesábanse los cabellos, maltratando con sus propias manos el rostro, en señal de amarguísimo duelo; resonaba en las mezquitas la voz de los alfaquiles, enardeciendo los ánimos para la guerra santa, y dando a los guerreros el grito de *Alá Acbar*, tan terrible para los cristianos.

Sin tregua ni descanso procuró apaciguar los ánimos de la ciudad, pregonando la guerra contra los infieles y desplegando el estandarte sagrado, signo de la victoria: abrió el regio tesoro, congregó la hueste, se puso él propio a su cabeza; y no parecía sino cosa de encanto ver cubrirse de pronto los montes y los valles con tantos millares de guerreros, como si la tierra misma los hubiese brotado.

Acudieron también, avisados de antemano por secretos nuncios, varios caudillos de otras tribus, ligadas con la de los Zegries por amistad o deudo, y apenas se hubieron reunido, habló de esta suerte el caudillo de aquella nobilísima tribu, imponiendo con el peso de su autoridad atención y silencio:

«Un monarca débil, preso en la red de una vil renegada, la reina de nuestra estirpe arrojada del lecho y cautiva en su propio palacio; su hijo Boabdil cercado de traidores y espías... en tanto que nuestros implacables enemigos nos insultan y afrentan. Abencerrajes son los que mandan la hueste; Abencerrajes los que oprimen el reino; Abencerraje quien deshonra el trono... ¿Lo consentiréis por más tiempo?... La paz y el bien del Estado pudieron hasta ahora contener nuestro brazo; pero esa misma paz se halla ya quebrantada, rota, y no con bizarria, como acostumbraron nuestros padres, sino con miedo y con perfidia, pro-

pia de salteadores. La toma de Zahara ha traído sobre nosotros el desastre de Alhama; y el causador de tamaña desdicha, tan cobarde en el riesgo como imprudente al provocarlo, ya ha vuelto una vez la espalda, y quizá torna ahora a cubrirse de mayor afrenta »

No hubo menester el Zegri esforzar mucho sus razones, porque tan resueltos se hallaban los que allí le oían, que apenas podían contener su furor e impaciencia.

Apenas pudo terminar el anciano, porque ya se notaba un confuso rumor y hervidero, como el que se advierte en el mar antes de estallar la tormenta. ¡No más *Abencerrajes*!, prorrumpió de improviso Ali Zegri, al levantarse del asiento, y dando otros caudillos el mismo grito de furor y venganza, lo repitió confuso el eco por las bóvedas de aquellos subterráneos.

Seguía entre tanto cruel y reñida la lucha de moros y cristianos. Después del terrible cerco da la ciudad de Loja, las huestes de los Reyes Católicos tuvieron el enorme descalabro de los campos de Málaga; pero repuestos bien pronto habían tomado el desquite sobre los infieles, alcanzando una gran victoria y haciendo prisionero al mismo Boabdil, que, instado por su madre, salió como rey al combate y pudo salvar milagrosamente la vida.

Esto hizo que todo fuese júbilo y alegría en tierra de cristianos y ocioso fuera decir cual sería la conturbación y desconsuelo en el reino de Granada. Tan imprevisto y recio había sido el golpe, que por de pronto abrió los ojos a aquellos deslumbrados habitantes, viendo a sus plantas el abismo de males que con sus propias manos abrían; y como el común peligro acallase las villanas pasiones, fué unánime el clamor para que se encomendase a una sola mano el timón del Estado.

Con la prisión de Boabdil se había hundido su trono; y fué menester la entereza de Aixa y el poder y valimiento de los Zegries, para que no se desbocase el pueblo contra aquella parcialidad, dándoles lugar y tiempo para refugiarse en el *Albaycin* y la *Alcazaba*, como quien busca asilo mientras pasa lo más recio de la tormenta, sin desistir por eso de seguir después su camino.

En Málaga supo Albo Hacen el desmán de su hijo; pero tanto puede la codicia del mando, y tan vivo era el odio que contra Aixa abrigaba aquel príncipe, que en el primer momento sintió ensanchársele el corazón, y él propio hubo de sonrojarse, al ver que le rebosaba la alegría con el triunfo de los cristianos. Disimuló empero lo mejor pudo, por no quebrar los ojos a sus vasallos fieles; y dejando encomendada a su hermano la custodia de aquella ciudad y la guarda de la frontera, partió sin pérdida de instante camino de Loja, cuyas puertas se le abrieron de par en par. Con tan feliz anuncio, no vaciló en seguir la vuelta de Granada, para aprovechar en favor suyo el desaliento y la sorpresa; mas al llegar frente por frente de la *torre del Salar*, ya vió llegar algunos caballeros, que venían a poner a sus pies las llaves de la ciudad, rogándole que mirase a sus moradores con la clemencia de padre, más bien que con la justicia de Rey.

Holgóse mucho de ello; y como no era de suyo cruel ni sanguinario, solo pensó en la dicha de recobrar su trono, y de volver a verse en la Alhambra al lado de su esposa, de la cual no apartaba los ojos ni un instante.

A la mañana siguiente hizo su entrada Albo Hacen, en compañía de Zoraya; acudiendo a bandadas las gentes, como para recibirle en triunfo; músicas por las calles, vivas y aclamaciones, empavesado el *Zacatin* con rica sedería, cubierto el suelo con ramas de palma y de oliva.

Apenas recuperado el mal perdido trono, volvió Albo Hacen a adormecerse en brazos de su esposa, creyendo asegurado a Boabdil en poner de los Reyes Católicos y calmados algun tanto los recelos que contra su propio hermano alimentaba.

Pero no podía ser muy duradera esta situación, los reyes Católicos supie-

ron sacar ventajas de las discordias interiores y uniéndose a los Zegrís repusieron a Boabdil en el trono de Granada recluyendo en cautividad a su padre.

En un castillo labrado sobre el pico de un cerro, como un nido de águilas, se encontraba Albo Hacen. El zumbido del viento y el murmullo de las olas, que venían a estrellarse al pie del risco, era el único ruido que perturbaba el profundo silencio; pareciendo aquella fortaleza más bien que prisión un sepulcro.

Albo Hacen no podía avenirse a la idea de que su cadáver no descansase en la randa o panteón de la Alhambra. Más que el reino perdido ambicionaba cuatro palmos de tierra en aquel recinto y su próximo fin le parecía aun más amargo por el temor de que viese su cuerpo insepulto tal vez o arrojado en medio de un campo expuesto a insultos y desmanes.

No sin harta repugnancia, como si él mismo lo achacase a debilidad o flaqueza, cedió al cabo a las instancias de su esposa y le manifestó el recelo que le atormentaba. Zoraya procurando retener sus sollozos le ofreció hacer los mayores esfuerzos a fin de que se viese satisfecha su postrimera voluntad.

La noche antes de su muerte tuvo Albo Hacen unos momentos de alivio como el postrer rayo del sol antes de ocultarse y después de luchar consigo mismo irresoluto y dudoso escribió con mano trémula estas pocas palabras: Me has robado una corona... dame a lo menos sepultura.

El esfuerzo que para ello hizo, y el contraste que sintió en su alma hubieron de acortarle la vida y al alargar el papel a su esposa arrojó un quejido y espiró en sus brazos.

La fiel Arlaja redobló cuidados y al cabo de pocos días emprendieron la ruta para Granada llevando con ellas el cadáver de su esposo.

No debía, sin embargo, respetarse su voluntad, los Zegrís no dieron sepultura a Albo Hacen en el Panteón de reyes, si no en lugar cercano, bajo un montón de tierra encima de la cual colocaron piedras toscas para denotar el sitio donde estaban colocados la cabeza y los pies como solía hacerse con la gente más pobre y desvalida.

Después del entierro el mismo caudillo de los Gomeles, dijo a la desconsolada reina que le siguiera, y después de atravesar el patio de los Leones, el de los arrayanes y el salón de Conceres, la condujo a un subterráneo que se llamó en tiempos posteriores *del tesoro*, por haberse hallado uno dentro de su recinto y allí la dejó encerrada y sola con su dolor.

**

Y merced de estos hechos que atizaban la discordia entre los Zegrís y Abenerrajes, después de la heroica resistencia de Santa Fe y de haber ido logrando victoria sobre victoria en todas las ciudades del reino granadino, los Reyes Católicos reunieron a los Moros para lograr apoderarse de la ciudad.

Al tiempo de firmarse las capitulaciones, asentóse una tregua de sesenta días pasado cuyo término habían de entregarse las llaves de la ciudad.

Es probable que los negociadores por parte de Boabdil, conociendo el carácter de aquel príncipe, quisiesen dejarle, para obtener su consentimiento, este desahogo y respiro, no siendo tampoco fácil y hacedero allanar de pronto los ánimos de los moradores, que no podían contemplar sin estremecerse el inminente yugo de Castilla.

Verdad es que cada día era mayor el desaliento, escasas las provisiones, la población aumentada con las sobras y reliquias de tantos pueblos, los guerreros más afamados muertos o cautivos, estrecho el cerco, aislada la vega, una ciudad enemiga enfrente, y apagada de todo punto la luz de la esperanza.

Con todo lo extremo del peligro podría prestar armas; y tal vez una leve centella encender voracísimo incendio: en ocasión que Boabdil se hallaba en la plaza mayor del Albaicín, acompañado de su valido y de los principales de su corte, oyeron resonar en las vecinas calles un horrendo tumulto y vieron desembocar la desmandada plebe con fieros y amenazas.

Apenas tuvieron tiempo aquellos bizarros caballeros para escudar al rey con sus cuerpos formando en derredor un muro impenetrable; y después de contener las oleadas de gentes, que intentaban apoderarse del monarca, le condujeron no sin riesgo al vecino palacio.

En cuanto le dejaron seguro, acudieron a refrenar el furor del pueblo, que por instantes arreciaba: e iba ya muy entrada la noche, cuando lograron apaciguarle algún tanto, con arte, con promesas, con el aspecto de la gente armada que acudía a toda furia desde la ciudad a la Alcazaba.

Había dado motivo a aquel bullicio un moro reputado por loco y que lo fingía con doloroso intento, a fin de parecer inspirado del cielo a los ojos de la crédula plebe. Hacía ya algún tiempo que vagaba por calles y plazas conmoviendo los ánimos y derramando (como un reguero de pólvora fácil de inflamar) la voz de que Boabdil andaba en tratos, para entregar la ciudad a los infieles.

A la predicación de aquel moro fanático se debió el último peligro que corrió la ciudad de Granada; peligro tan grave en aquellos momentos, que pudo haber causado su perdición y ruina. Mas quiso Dios que al nacer se atajase el daño; y aun es común fama que no volvió a parecer el causador de tamaño escándalo; ya se hubiese escondido por temor del castigo ya le hubiesen arrojado aquella misma noche al *pozo Airon*, como murmuraba medroso el vulgo.

Mas fué tan grande el pavor de Boabdil, y tal la mella que el amigo del furor popular hizo en su ánimo, que como su flaqueza misma le impulsaba a precaverse contra el riesgo que estimaba más próximo sin curarse de otros más lejanos, negóse desde aquel momento a cumplir lo pactado. En vano su valido Aben Comixa y su hermano el Muley insistieron, le instaron, pusieronle de bulto los gravísimos males a que con tal conducta se exponía, ni súplicas ni razones eran tan poderosas como el eco amenazador de la plebe que aún le parecía zumbiar en sus oídos.

Desesperanzados de reducir la voluntad de Boabdil, enviaron a los Reyes Católicos secretos avisos, noticiándoles el apremio en que se encontraban; visto lo cual por aquellos príncipes, estimaron conveniente dirigir una carta a Boabdil y a los habitantes de Granada. Manifestábanle en ella la buena voluntad que les tenían, dispuesto el ánimo a tratarlos con benignidad suma; pero mezclando con las blandas promesas el acíbar de la amenaza, y trayendo a la memoria la suerte que había cabido a los vecinos de Málaga, por haber dejado pasar la estación de la benignidad y clemencia.

Llegó tan oportunamente esta carta, hallándose ya la ciudad en el último apuro que acabó de madurar los ánimos endurecidos; y hasta el mismo Boabdil, temeroso de que volvieran a encrespase, rogó en secreto a los reyes Católicos que, acortando el plazo convenido, dispusiesen cuanto antes su entrada.

El día destinado para la toma de Granada, día grato juntamente a la tierra y al cielo, en que acabó la dura servidumbre por espacio de ocho siglos había pasado sobre España, amaneció tan clara y radiante como los más hermosos de Enero en aquella afortunada comarca.

Al salir el sol, coronado de ricos arboles, púsose en movimiento la hueste cristiana depuesto el luto que vestía la corte por la muerte del príncipe de Portugal, los grandes, los caballeros y capitanes con lujosas galas y atavíos, alegres los soldados; todo en son de fiesta.

Entre tanto reinaban en Granada la consternación y el espanto: la ciudad parecía desierta. No se abrió aquel día ni una puerta ni una ventana, no se oyó en las calles alma viviente ni sonidos de pasos.

En lo más recóndito de las casas se apiñaban las familias desoladas, maldiciendo los ancianos que se hubiese prolongado su vida para ver con sus propios ojos tamaña desventura; y esquivando tal vez los padres las caricias de sus tiernos hijos que les partían el alma.

Había exigido Boabdil que las tropas cristianas no entrasen por en medio de la ciudad para evitar algún desmán de la soldadesca y que su presencia diese enojos al pueblo. Dispusieronse pues las cosas de tal suerte, que las personas en-

cargadas por los reyes Católicos de tomar posesión de la fortaleza de la Alhambra se encaminasen por fuera de los muros; y a la hora convenida, salió Boabdil por una de las puertas situada al pie de una torre a *los Siete Suelos*. Traía ceñido al cuerpo un sayo negro (no como señal de luto sino, como distintivo de la dignidad real) sobre los hombros un albornoz finísimo, y en la cabeza un turbante blanco; el rostro grave, más pálido que de costumbre; seguía una escasa comitiva como de cincuenta personas. Encaminóse a paso lento al *Campo de los Mártires*, donde encontró al gran cardenal de España y al conde de Tendilla con sus gentes, que venían a tomar posesión de la Alhambra. Saludóles el rey con dignidad sin proferir ni una sola palabra; y bajó por aquellos recintos en busca de las márgenes del Genil.

Había abandonado los mozos la fortaleza, quedando en ella el Warir Aben Comixa y alguno que otro alcaide para hacer la entrega; y subiendo el cardenal a lo alto de una torre, que caía sobre la puerta de *la calle de los Gomerres*, enarboló la cruz de plata, que cual guión había traído durante aquella guerra santa; y al mismo tiempo, en la vecina *torre de la Vela*, desplegaba el maestro de Santiago la enseña del patrón de España, y daba al viento el conde de Tendilla el glorioso pendón de los reyes.

Las tres de la tarde serían, cuando aparecieron en los aires aquellos signos de redención y gloria; y al divisarlos los reyes Católicos, que anhelaban por aquel fausto momento, saltándoles el corazón en el pecho entre la incertidumbre y la esperanza, hincáronse de rodillas para dar gracias al Dios de los ejércitos, y lo mismo hizo por un movimiento espontáneo la numerosa hueste. Entonces el santo obispo Fray Hernando de Talavera, destinado ya a la silla de Granada, y otros insignes prelados levantaron al cielo su voz majestuosa, y entonó la real capilla un solemne *Te-Deum*; acompañándolo millares de guerreros con sollozos interrumpidos y con lágrimas de ternura y de reconocimiento.

Adelantóse el rey don Fernando hasta muy cerca del puente de Genil, e hizo alto en un recodo que forma el río, donde había a la sazón una mezquita, transformada después en *ermita de San Sebastián*, con cuya advocación ha subsistido desde entonces hasta de presente.

Allí aguardó el monarca a que llegase Boabdil; el cual, apenas le divisó, echó pié a tierra, acercándose en ademán de besarle la mano; y como no lo consintiese el rey, besóle en el brazo derecho, y le entregó las llaves, diciéndole estas sentidas palabras: Toma, señor, las llaves de Granada; solo te pido que trates a aquellos habitantes con piedad y misericordia... No dijo más, ahogándose la voz en el pecho: y el rey don Fernando le abrazó en señal de amistad, y le dijo algunas expresiones de consuelo. Sólo breves momentos permanecieron reunidos en aquel sitio; pero antes de separarse, hizo Boabdil una súplica al rey don Fernando; súplica que nacía de un sentimiento hidalgo. Rogóle que pues le había cabido la desdicha de que en su tiempo acabase el imperio musulmán en España, le empeñase el monarca de Castilla su fé y palabra real de que se tapiaría la puerta por donde Boabdil acababa de salir, sin que nunca jamás alma nacida volviese a pasar por ella. Prometiéndole el rey don Fernando; y así se ha cumplido fielmente.

Despidiéronse a poco ambos monarcas, alegando Boabdil el deseo de unirse cuanto antes a su familia que iba delantera; y la misma excusa alegó para detenerse solamente unos breves instantes, cuando encontró a la reina doña Isabel, junto al lugar de *Armilla*.

La prudente princesa comprendió con su exquisito discernimiento cuan violenta debía de ser en aquel punto y hora la situación del rey destronado; y repitiéndole sus demostraciones amistosas, le manifestó que no quería retardarle el placer de volver a abrazar a los suyos.

Emprendió Boabdil el camino apresurando algún tanto el paso; y a la caída de la tarde, incorporóse con su familia en el regazo que forma una montaña. Al llegar a su cima, abrióse un estrecho boquete, cual si de intento le hubiese tajado la mano del hombre; y previendo B 1. no sin fundamento, que al transponer

aquella altura no le sería dable volver a ver a Granada, no pudo contenerse y tornó el rostro para mirarla por la vez postrera... Entonces arrancó del pecho tan profundo gemido, que resonó por aquellos montes; y las lágrimas que brotaron de sus ojos, le pusieron un tupido velo... Lo cual advertido por Aixa, sintió renacer las fuerzas que una grave dolencia había debilitado; y lanzando a su hijo una mirada de ira y menosprecio: «Haces bien en llorar como mujer, ya que no has sabido defender tu reino como hombre...» No dijo más; y dejó caer la cabeza sobre el pecho, sin volver a levantarla en todo el camino. La comitiva continuó igualmente triste y silenciosa; mas refiriendo después lo que había acontecido, quedóle a aquel lugar el nombre de Suspiro del Moro.

**

Aprisa, aprisa, recojamos velas; que el puerto está cercano, y se va encapotando el cielo. Mientras duró la guerra de Granada, la contienda entre dos imperios, luchando a brazo partido por el término de diez años, presentaba un cuadro magnífico, sublime, superior a todo encarecimiento; mas a poco de conquistada aquella ciudad, principió a notarse en su seno una agitación sorda, presagia de mayores disturbios, que habrán de terminar, más tarde o más temprano, en rebelión abierta.

No era fácil empresa aunar los ánimos de dos pueblos discordes, enemigos, que habían peleado sin tregua ni descanso por el transcurso de ocho siglos; pueblos distintos en religión, en habla, en leyes y costumbres; pero, si algún medio de conseguirlo cabía en lo humano, era preciso encomendarlo a la acción lenta del tiempo y valerse con prudencia suma de las artes de la política, esforzándose por desatar el nudo, en vez de cortarlo.

Mas por desgracia no se siguió esta senda, la impaciencia natural en los vencedores, el deseo de dominear los ánimos rebeldes, y el celo religioso, embravecido con los obstáculos y cada día más intolante y perseguidor, fueron poco a poco añadiendo leña a la hoguera; en términos que, a una leve centella, era fácil que prendiese voracísimo incendio.

Por de pronto la presencia de los reyes mantuvo algún tanto sosegado los ánimos; contribuyendo a ello el influjo del arzobispo, dotado de verdadera masedumbre evangélica, y el ilustrado celo del secretario Hernando de Zafra, que habiendo celebrado las capitulaciones para la entrega, se presentaba naturalmente como su fiel intérprete, ofreciéndose cual mediador entre vencedores y vencidos.

Mas no eran estas causas bastante poderosas para impedir entre unos y otros el inevitable conflicto. A las ahogadas quejas y al reprimido descontento sucedió en breve la alteración de la ciudad, amenazas, desafueros, tumultos; empleóse para calmarlas, ya el ruego, ya las promesas, cuando el arte y cuando la fuerza; pero muy de recelar era que la mentida paz no fuese más que una tregua, y que la herida sobresanada se enconase más y más por adentro.

Contribuyó también a acrecentar el daño haber permanecido en Granada, y encargado de concurrir a la conversión de los infieles, el arzobispo de Toledo, el famoso Jiménez de Cisneros, cuyo temple de alma se avenía mal con las contemplaciones y miramientos de que no sin provecho se valía, merced a su carácter benigno y conciliador, el arzobispo de Granada. Grave falta en tan prudentes monarcas; dejar subsistente una causa más de perturbación en medio de tantos elementos de discordia!

Momento hubo en que la reina misma sintióse pesarosa, y aún mostró su disgusto al severo prelado por su imprudente celo; pero el excesivo rigor produjo, como suele, más tenaz resistencia; y enconándose más y más los ánimos, apelóse al fin al cauterio, como único remedio eficaz contra tan inveterada violencia.

Desde un principio se notaron síntomas de inquietud y desasosiego en las tierras de la Alpujarra, que por lo fragoso del terreno y el carácter audaz de sus moradores, parecían destruidas a ser fortalezas y alcázar de la rebelión que ame-

nazaba. O temeroso de ella o poco satisfecho de la situación en que se encontraba, redujo a la condición de vasallo con vanas ínfulas de señor quien poco antes se ostentaba monarca de todo el ámbito del reino, apenas transcurridos dos años después de la rendición de Granada, mostróse Boabdil dispuesto a vender a los reyes Católicos los bienes que le habían dado y los que anteriormente poseía. La misma intención manifestaron a su vez la madre, esposa y hermana de dicho príncipe; resueltos todos a pasar a las partes de Africa; como si la corriente de la fatalidad, que había arrollado el poder musulmano en España, llevase unos tras otros a las opuestas costas los restos y vestigios de su grandeza.

Apresuráronse los reyes a aceptar la propuesta, y aún no falta quien atribuya al sagaz don Fernando haber dispuesto las cosas con escasa voluntad de Boabdil y aun sin su conocimiento, valiéndose al efecto de Aben Comixa y de su hermano, que tanto influjo tenían en el ánimo de aquel débil monarca. Lo cierto es que celebraron un tratado para dicha venta, y al mismo tiempo enajenaron las haciendas y rentas que habían recibido de manos de los Reyes Católicos, en remuneración de servicios prestados, o si se quiere, cual vil precio de su traición y alevosía.

En la misma villa de Andaraz, en que había acabado miserablemente la dominación del Zagal, a tiempo de trasladarse a Africa, recibió Boabdil a Aben Comixa y a su hermano, y al presentarle éstos un montón de oro para deslumbrar sus ojos y captar su voluntad, sintió un arranque generoso, y en poco estuvo que no se arrojase sobre ellos para ahogarlos entre sus brazos.

Reprimida algún tanto la ira, volvió a caer en su natural abatimiento, y apenas profirió alguna que otra palabra en los pocos días que mediaron hasta el de su partida. Verificóse ésta por el puerto de Almería, embarcándose en unas naves que habían mandado aprestar los Reyes Católicos, según lo convenido.

Rodeado meramente de su familia, con escaso séquito y sin un solo amigo, cargado con sus tesoros y con las maldiciones de los pueblos, aportó Boabdil a las costas de Africa y se encaminó a la ciudad de Fez, siguiendo hasta en esto las huellas de su desventurado tío; pero lejos de hallar allí igual suerte, encontró benigna acogida.

Vivió allí algunos años en el seno de la opulencia, pero más infeliz y desdichado que el más menesteroso de los hombres. El recuerdo de Granada le seguía a todas partes como la pesada cadena que arrastra por el suelo un cautivo. Ni una sola vez cerraba los párpados sin ver a Granada en sueños, ni una sola vez despertaba sin que le apareciese la misma imagen, arrancándole un profundo gemido, y para que fuese mayor su torcedor y tormento, ni aún tenía el desahogo de pronunciar aquel nombre, porque si por ventura se escapaba de sus labios delante de su madre, le lanzaba ésta una mirada de indignación que le hacía bajar los ojos sonrojado y confuso.

Tan preocupado tenía el ánimo, que le parecía que hasta los niños huían de su presencia, señalándole con el dedo y murmurando medrosos: *jese es Boabdil el desventuradillo!* Ni aún en las mezquitas lograba hallar asilo y consuelo, pues en medio de la pena y desolación que había causado la pérdida de Granada y de los votos que se dirigían al cielo por el recobro de aquella ciudad, creía escuchar su propio nombre cubierto de denuestos e imprecaciones.

Deseando que, por lo menos, no se atribuyese a flaqueza y cobardía la ruina de su imperio, tuvo por buena dicha que se le presentase ocasión de volver por su fama, y se brindó a acompañar al rey de Fez en la expedición que proyectaba contra los Xerifes hermanos, que a la sazón imperaban en Marruecos.

Estalló la guerra, cruzáronse las armas, peleóse con encarnizamiento por una y otra parte, y Boabdil se manifestó tan animoso y resuelto como si le cansase la vida y anhelase librarse de su peso.

Cubierto de heridas en una batalla campal, tuvo una suerte parecida a la que, ocho siglos antes, había cabido al último rey de los godos: murió sepultado en las ondas del *Rio de los Negros*. «Escarnio y gran ridículo de la fortuna (según

la grave sentencia de un historiador), que acabó la muerte de este rey en defensa del reino ajeno, no habiendo osado morir defendiendo el suyo.»

Aún no satisfecha la enemiga suerte, no parece sino que cayó una maldición sobre su descendencia. Muchos años después de su muerte, aún se enseñaban en Fez los palacios que había labrado Boabdil, a semejanza de los de Granada y como recuerdo de aquella ciudad; pero los nietos de aquel monarca se veían desposeídos de sus bienes y reducidos a vivir a expensas de la caridad pública.

Cuando Boabdil y su familia salieron de las Alpujarras para pasar a Africa, vino a morar en aquella comarca la infeliz Zoraya con sus hijos, habiendo retardado verificarlo hasta entonces, a pesar de que los Reyes Católicos los habían libertado y les habían hecho merced de las talas de Orgiba y Jubiley, en cuanto el Zagal las vendió a dichos monarcas. El único anhelo de la amorosa madre era gozar de tranquilidad y sosiego, lejos del bullicio de la ciudad, donde tantos recuerdos le punzaban el alma, disfrutar las delicias del campo y ver crecer a sus hijos sanos y robustos, como los árboles que se crían en aquellas tierras de bendición. Fijó pues su morada no lejos de Mondújar, en un ameno valle al que había cobrado afición en otro tiempo; y allí esperó restaurar su salud, quebrantada con tantos pesares. Aun cuando no estuviese acometida de ninguna grave dolencia, sentía que le iba faltando el jugo de la vida, como a una planta que poco a poco se marchita y muere. Un secreto presentimiento le advertía que su fin no estaba lejano, y a veces la sorprendían sus hijos clavando en ellos sus miradas tristísimas, cual si fuesen los únicos lazos que aún la ligaba a la vida.

Subsistió así por algún tiempo, mientras no se perturbó la tranquilidad de aquella comarca; mas apenas se percibió un ruido sordo, como el que suele preceder a los terremotos, receló que estaba próximo algún levantamiento, y que tal vez se vería privada de aquel asilo si se acercaba el rumor de las armas.

Tomó cuerpo la rebelión, tan pronto y con tanto ímpetu como el fuego que prende en un espeso bosque seco por largos años y azotado del viento. Acudieron los capitanes más famosos; acudió el mismo rey Don Fernando en persona; tomaron villas, asolaron lugares y sometieron otra vez la tierra, declarando cautivos a los moradores de los pueblos rebeldes.

Mientras asediaba el rey a Lanjaron, que se había extremado en la resistencia, recordó como no lejos de aquella villa residía la viuda de Albo Hacen, y bien fuese porque le asaltase el recelo de que pudiesen tal vez los moros descontentos volver los ojos hacia los hijos de su antiguo monarca, bien calculase que la mansión en aquella comarca, donde hacía más estragos la guerra, pudiese no estar exenta de inconvenientes y peligros, envió a uno de sus capitanes para que manifestase a Zoraya, en los términos más corteses, el vivo interés que tomaba el rey en su tranquilidad y en la de sus hijos, por cuya razón le aconsejaba que se alejase de aquella tierra en que desgraciadamente había asentado su trono la discordia, y que se trasladase a Granada, donde hallaría la paz que deseaba y los respetos y agasajos de que por tantos títulos era merecedora.

Oyó Zoraya al nuncio del monarca, y columbró fácilmente que bajo la apariencia de amistoso consejo se ocultaba un severo mandato, habiendo bastado a desvanecer sus dudas, si alguna le quedase, el ver que desde luego le propusieron comprarle las tierras y rentas que en la Alpujarra le habían sido otorgadas, dándole en otras partes del reino la compensación más cumplida.

Contestó Zoraya en términos respetuosos, pero graves, costándole trabajo encubrir que consideraba aquella determinación como una especie de destierro, hijo tal vez de infundada sospecha, a que estaba muy lejos de haber dado causa o pretexto. Y como sea propio de las almas sensibles, y más si reciben un día y otro día golpes de la desgracia, enfermar a su vez, como acontece al maltratado cuerpo, se apoderó de la infeliz una pasión de ánimo que acabó de enflaquecer sus fuerzas. Los parajes que iba a dejar le parecían por lo mismo aún más hermosos; su imaginación enardecida le presentaba en Granada peligros y asechanzas; temía que la sangre real que corría por las venas de sus hijos los hiciese tal vez víctima de alguna oculta trama, y cubriase de un trasudor frío solo al

reflexionar que iba a volver a ver los sitios que recorrió en tiempos más felices en compañía de su esposo.

Hizo sin embargo los mayores esfuerzos por esconder su dolor y recelos en lo más profundo del alma, ya le moviese a ello un sentimiento de altivez, ya el deseo de no afligir a sus hijos, que estaban pendientes de su voz y de sus miradas; pero aquella lucha incesante, más terrible cuanto más oculta, acabó de posrirla, y apenas llegó a Granada, se apoderó de ella una fiebre lenta y tenaz que había de acompañarla hasta el sepulcro.

Ni las yerbas medicinales, de que tanto abunda aquel suelo, ni los aires purísimos que embalsaman las riberas del Dauro, fueron parte a detener el curso de la mortal dolencia. ¿Qué vale la ciencia del hombre ni los auxilios de la Naturaleza cuando la herida está en lo íntimo del corazón y le embarga su acción y movimiento? Consumida por su profunda melancolía, aún más que por la fiebre, como que sentía un amargo placer en cebarse en su tristeza misma, a la caída de la tarde, a tiempo de trasmontar el sol, cual si temiese no volver a verle al siguiente día, rogaba que la colocasen cerca de un algímez, que daba vista al río, y se quedaba allí por largo espacio inmóvil, silenciosa, dando apenas de cuando en cuando algún signo de vida.

Una noche (por señas que el viento de otoño empezaba ya a arrebatar las hojas secas de los árboles) permaneció en aquel sitio más tiempo de lo que tenía de costumbre, y aún le pareció que sentía cierto consuelo cuando vio aparecer la luna iluminando con su luz apacible y suave el bosque y el palacio. Por un movimiento involuntario fijó los ojos en el modesto albergue donde había morado antes de desposarse con el rey de Granada, y sintió caer por sus mejillas unas cuantas lágrimas que aliviaron el peso que le oprimía el corazón. Su juventud, su belleza, sus amores, todo pasó confusamente por su memoria como las imágenes inciertas que se reflejan en el agua, y arrojó un profundo suspiro, cual si en la hora suprema le causase pesar el desprenderse de la vida. Abrazó después a sus hijos con más ternura que otras veces, les dio su bendición y quedóse de allí a poco dormida.

A la mañana siguiente encontráronla muerta: no se había oído ningún quejido ni se advertía la menor señal de lucha y agonía: el ademán sereno, el rostro vuelto hacia el paraje en que descansaban sus hijos, y entrambas manos sobre el pecho, estrechando la cruz de oro que en la cuna recibió de su madre.

Tal fué el fin que tuvo aquella mujer singular; hermosa, noble, dotada de cuantas prendas pueden adornar a una criatura, no parece sino que nació destinada a servir de juguete de la suerte; ya reducida a la condición de cautiva, y ya encumbrada a la altura de un trono, apenas pudo disfrutar en su azarosa vida un solo día de felicidad.

FIN DE LA NOVELA

Lea Vd. nuestros anuncios en la
seguridad que alguno le interesará

FOTOGRAFÍA
B I E D M A
CALLE DE ALCALÁ, 23
Teléf. M-730-Hay ascensor

VENTAJAS QUE PROPORCIONA EL CALZADO

!! EUREKA !!



Buen humor por la comodidad.
Economía, por la duración.
Elegancia, por la novedad.
Nicolás M.^a Rivero, 11, Madrid

¡Comerciantes! ¡Industriales!
¡Banqueros!

La seguridad, no solamente de vuestro dinero, sino de lo que a veces supone lo más importante de vuestro negocio, los libros, la encontrareis adquiriendo una :: caja refractaria de caudales en el ::

HOTEL DE VENTAS. ATOCHA

Evita el dolor de muelas

DENTALINA

Perfuma el aliento

¡DENTALINA

1,25.

Alcoholera, Carmen 10

No compre

relojes, joyas o artículos de óptica sin antes ver precios y modelos en **La Vasco-Castellana.**—Fernando VI, 9.

Cabello hermoso. El cabello completa la fisonomía de las personas; si varía su cantidad, su color o su forma, cambia también el aspecto del individuo, y una mujer hermosa y un hombre viril no se conciben sin el cabello abundante y lustroso. Estas cualidades se consiguen con el agua **La Flor de Oro**, que se vende en las perfumerías y droguerías.

POR SEIS PESETAS puede adquirir un magnífico **FILTRO "ARSO"** de un rendimiento de 24 litros al día, en la fábrica **Francisco Abril, 13 (Pacífico)**

LOS ANIMALES

Hemos lanzado a la publicidad una interesantísima **colección infantil** donde se describen de manera detallada y amena las costumbres de las fieras y los animales salvajes y el modo de cazarlos. Esta colección se divide en **24 cuadernos** bellamente ilustrados en **tricolor**, consagrandole cada uno de ellos a un animal diferente.—El jueves próximo aparecerá

EL ELEFANTE

Precio del cuaderno: 20 céntimos

No se acepta el pago en sellos. — Pidanse a **Corresponsales** y a esta Administración, **Calvo Asensio, 3.** — Madrid

La Novela TEATRAL
ENTRE PARIENTES
de **MIGUEL ECHEGARAY**

publicará mañana domingo la comedia en un acto

Prensa Popular propietaria de **La Novela Corta, La Novela Teatral y Friné**
ADMINISTRACION: CALVO ASENSIO, 3. — MADRID. —
APARTADO. 498. — TELEFONO, J.-624.